

EDITORIAL

Al emprender la publicación de la revista "Estudios", tenemos por objetivo principal procurar la conservación de las conferencias que el Centro de Estudios Religiosos dicta mensualmente. En un principio era un anhelo meramente personal de nosotros, el que tomó cuerpo, al darnos cuenta que muchos de los asistentes pensaban de igual manera. Veíamos en nuestro proyecto también un medio de difundir estas mismas conferencias, tan interesantes y de un valor tan indiscutible. El Directorio aceptó con benevolencia nuestra idea y dió su autorización para que las imprimiéramos, poniendo además todo el material de noticias, etc., de que dispone, a nuestra disposición.

Pero "Estudios" no se limitará a la sola publicación de las conferencias. Nuestra aspiración es la difusión más amplia de las doctrinas sanas que hoy en día han decaído algo en olvido y esto para desgracia de la humanidad. Son doctrinas tan viejas como nuestra misma estirpe y por ser tan viejas, hay quienes creen que ya no sirven y que deben ser reemplazadas por algo más novedoso. Pero es inútil, todo lo nuevo hay que edificarlo sobre las bases antiguas, so pena de ver derrumbarse al poco tiempo con estrépito lo que con presunción se ha querido erigir. La humanidad está fundada sobre bases demasiado bien acondicionadas a su propia naturaleza y las leyes y doctrinas destinadas a regular su existencia son de tal modo apropiadas, que no puede separarse ni por un momento y ni en un átomo de ellas, sin poner en peligro la estabilidad de todo el edificio.

Pedro es la roca, Cristo la piedra angular y sobre estas bases descansa todo orden, toda prosperidad, toda felicidad.

Dos mil años de experiencia han probado que estas doctrinas, con ser tan viejas, son siempre nuevas debido a su maravillosa adaptación a todas las circunstancias. Llenas de vida, vivifican a todos los que se reúnen en torno de ellas. Representan las aspiraciones más justas y más provechosas, siempre realizables, nunca utópicas. Progresistas en verdad, nos guían hacia un porvenir más feliz y más perfecto: el progreso hacia el cual nos llevan no es enervante y esclavizador, sino bienhechor y libertador.

Pero para surtir su efecto, es preciso, que sean conocidas y propaladas por todos los medios y por todos los ámbitos. "Estudios" quiere contribuir siquiera en algo a la

difusión de ellas. Confía en la ayuda de todos los que siguen las doctrinas del Cristianismo: no pedimos otra cosa, sino de que se lea nuestra revista y al mismo tiempo la ponemos a disposición de quienes desean exteriorizar en sus páginas sus ideas. Agradecemos toda colaboración, sólo debemos advertir desde luego que su publicación, dependerá siempre del beneplácito del Centro de Estudios Religiosos.

Damos las gracias al Directorio que tan benévola mente nos ha concedido la publicación de las conferencias y esperamos que nuestra revista servirá para llevar luces a muchos que las buscan y de difundir rayos de verdad y de justicia, ayudando de este modo en forma, aunque muy modesta, al advenimiento de un porvenir más feliz.

*
* * *

Consideramos una feliz coincidencia y un buen augurio el que podamos inaugurar este primer número con un tema de tanta actualidad y de tan palpitante interés como es "la maravilla del siglo XX": Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth. Publicamos a continuación las dos conferencias dictadas últimamente por el Centro de Estudios Religiosos sobre los extraños sucesos que desde hace varios años vienen desarrollándose en aquella aldea bávara, en la persona de una joven de condición humilde, sucesos que no tienen explicación natural y que prueben una vez más que hay un poder superior, para el cual no existen los límites de la naturaleza y ante el cual debe inclinarse la ciencia con todos sus recursos.

Ambas Conferencias están sobradamente conocidas, ya que los distinguidos relatores se vieron obligados a repetir las muchas veces ante numerosísimo público.

Don Ricardo Cox Méndez da cuenta de estos hechos extraordinarios basándose en las publicaciones más concienzudas que se han escrito sobre el particular, mientras don Maximiano Errázuriz Valdés narra lo que ha tenido la inefable suerte de contemplar con sus propios ojos.

En adelante corresponderá en cada número de nuestra revista el primer lugar a la conferencia dictada en el mes anterior y completarán el material de lectura artículos de actualidad y de interés general, noticias de todo el mundo, una sección Bibliografía y finalmente un Cuestionario en el cual contestaremos las preguntas que nos quieran hacer nuestros estimados lectores sobre asuntos que tengan relación con la índole de nuestra publicación.

LOS EDITORES

El prodigio del siglo XX

Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth

Conferencia dictada en el Centro de Estudios Religiosos por Don Ricardo Cox Méndez

Cinco años de martirio

En este numeroso y distinguido auditorio habrá pocas personas, muy pocas, quizá si ninguna, para quien el nombre de Teresa Neumann y el de su ciudad natal, Konnersreuth, sean desconocidos.

Y no pocos de entre vosotros conocéis probablemente el caso de la estigmatizada de Konnersreuth con los mismos, y aún con más minuciosos detalles que el propio conferenciante.

En efecto, la literatura sobre Teresa Neumann que circula por el mundo desde hace unos seis años, es abundantísima. Los volúmenes que sobre ella se han editado, ya en todos los idiomas europeos, forman una biblioteca; y no hay revista de cierta importancia ni en el viejo mundo ni en el nuevo que no haya consagrado algunas páginas a los portentosos acontecimientos que desde 1926 se vienen sucediendo en la antes desconocida, hoy celeberrima, aldea de Baviera, Konnersreuth.

El retrato de Teresa Neumann, sentada en una silla, al lado de un frondoso arbusto, vestida con un sencillo traje negro, cubierta la cabeza con un pañuelo blanco atado por debajo de la barba, y con sus manos cruzadas sobre las faldas, cubiertas de mitones de lana hasta la raíz de los dedos para ocultar los estigmas, ha inundado materialmente el mundo. Ella aparece en esa fotografía—que tengo a la vista en el momento de redactar estas líneas—tal como era a los 28 años de edad—hoy tiene 33—cuando hacía ya dos años que llevaba en su cuerpo atormentado los sangrientos estigmas de la Pasión de Jesucristo.

En su cara de expresión ingenua y bondadosa se dibuja apenas una sonrisa; y sus grandes ojos negros e intensamente sombreados dan una mirada de recato, de sufrimiento y de misterio.

Esta imagen de Teresa Neumann es más popular hoy en el mundo que la de cualesquiera santos de la Iglesia católica; supera en popularidad, aunque no en prestigio naturalmente, al de

su homónima Santa Teresita de Lisieux, que es cuanto puede decirse. La razón obvia de esta difusión infinita, por decirlo así, de la imagen de la estigmatizada de Konnersreuth es que su caso, al revés del de los santos canonizados que sólo interesan a los creyentes, interesa al mismo tiempo al mundo de la fé y de la religión, al mundo antirreligioso que lo discuten con furor, y al mundo arreligioso y científico, para el cual Teresa Neumann es un verdadero rompecabezas.

Mi propósito y mi programa en esta conferencia son muy limitados, y por consiguiente muy fáciles de realizar: tan fáciles que apenas puedo considerarme como un conferenciante, puesto que el cuerpo de mi conferencia está sacado íntegramente de algunos volúmenes sobre Teresa Neumann que tengo sobre mi mesa de trabajo.

Seré, pues, esta tarde, señoras y señores, un simple relator de trabajos ajenos; mi labor se reducirá a traducir lo que otros han redactado; y a concentrar en veinte o treinta páginas a máquina lo que otros han dicho en docientas o trescientas páginas impresas.

Otra advertencia previa: imitando el prudente ejemplo de la Iglesia Católica que hasta hoy no se ha pronunciado oficialmente sobre el verdadero carácter de los acontecimientos de Konnersreuth, yo me limitaré también a una simple exposición de los hechos, absteniéndome de todo comentario religioso, de toda deducción apologética; y sobre todo, manteniéndome, hoy al menos, alejado del universal, candente, apasionado, y en ocasiones, envenenado debate científico filosófico a que ha dado origen la modesta aldeana de Konnersreuth, y que dura ya más de cinco años.

Es tiempo ya de entrar en materia.

(1) Hasta 1926, nadie, seguramente, se ocupaba de Konnersreuth. Era una aldea cualquier-

(1) Desde aquí hasta (2) el texto es una traducción literal, aunque extractado de la obra de A. Dorsaz C., S. S. R., titulada: "Thérèse Neumann", étude scientifique, St. Maurice, 1930.

ra, como lo eran hasta hace poco Lourdes y Ars, y como lo fué en otro tiempo Nazareth, si es permitido comparar las cosas pequeñas con las grandes.

Pero ahora, se va en peregrinación a Konnersreuth de todas partes del mundo, aunque haya que atravesar los mares e imponerse las fatigas de un largo viaje. En vano las autoridades religiosas han intentado poner un dique a esta avalancha humana, la ola desencadenada ha roto todas las barreras. Cada Viernes una multitud enorme invade esta modesta aldea alemana de 1000 habitantes, perdida en el Alto Palatinado, y que había sido siempre tan tranquila. Se han contado, en algunos días, hasta tres y cuatro mil visitantes.

En el centro de Konnersreuth hay una plaza irregular, que tiene por todo adorno una vieja pila de piedra, sombreada por un añoso tilo. Es el Mercado, donde se concentra toda la vida económica, política y social de la región. En el extremo sur de esta plaza se eleva una casa maciza, que tiene al lado un establo. Los muros exteriores han sido blanqueados recientemente con cal.

Para subir al piso superior, se entra por una pieza baja, alumbrada por dos ventanas en que florecen cardenales rojos. Por todo mobiliario, una cama, una mesa pequeña, un sofá, una chimenea, algunas sillas toscas, imágenes piadosas, un retrato del Papa reinante.

De un rincón vienen arulllos de tórtolas; y en el otro, peces dorados se mueven dentro de una redoma.

Esta casa es la del sastre Fernando Neumann, y esta pieza, la de su hija Teresa, la gran maravilla del día, la heroína de los prodigiosos sucesos cuya fama se ha esparcido del uno al otro polo.

Teresa es la mayor de una familia de diez hijos. Vino al mundo el 9 de Abril de 1898, a las 12.15, según los registros parroquiales; a la una de la mañana, según los registros del estado civil.

Se le dió el nombre de Teresa, y se la puso bajo el patrocinio de la gran Santa de Avila; en esa época no se hablaba todavía de Teresa del Niño Jesús.

Nada hay digno de ser señalado ni en su in-

fancia ni durante su primera juventud. No estuvo jamás enferma. Sana de cuerpo, no lo era menos de espíritu. Su piedad era la de la gente del pueblo, simple e ingenua. De inteligencia lúcida, tuvo siempre las mejores notas en la escuela, pero sin dar pruebas de un talento superior, ni de una inclinación especial al estudio.

Los Neumann eran pobres, y como la familia aumentaba en uno cada año, Teresa, al salir de la escuela, a los 14 años, tuvo que ganarse la vida, y se empleó con su tío Martín Neumann, propietario de una pequeña granja.

Como empleada, su conducta fué siempre ejemplar. Jamás se le sorprendió en compañías sospechosas; jamás asistió a un baile.

Guardó siempre los hábitos de piedad y las devociones de su infancia; continuó confesándose cada quince días, y comulgando a lo menos una vez por semana, el Domingo.

Habiendo sido su patrón y tío movilizado por la guerra, ella se encontró, a pesar de su juventud, a la cabeza de la pequeña empresa agrícola.

De porte mediano, pero sólida, llena de vida y de empeño, le gustaba el trabajo; no retrocedía ante ninguna faena; segaba, conducía la carreta, cargaba sacos de 50 y 75 kilos; en una palabra hacía el trabajo de un hombre.

Y ¡quién lo hubiera imaginado! mientras se fatigaba en estas rudas labores, abrigaba en su corazón grandes proyectos: soñaba con consagrarse a Dios como religiosa misionera...!

Pero la Providencia tenía sobre ella otros proyectos.

El Domingo 10 de Marzo, a eso de las 7 de la mañana, Teresa se dirigía a la iglesia para su comunión habitual, cuando vió un resplandor que subía del techo de una casa vecina. Un incendio acababa de declararse, que amenazaba extenderse a todo el cuartel.

La fiel empleada no pensó más que en ayudar a su patrón, Martín Neumann, que por feliz coincidencia se encontraba con permiso, y no tenía sino un pensamiento: preservar su casa del incendio.

Durante dos horas enteras, de pie sobre un taburete, en ayunas, y sin medir sus fuerzas, Teresa le estuvo pasando baldes de agua de 20 y 30

litros. Como tenía que pasárselos hacia arriba, se empapó de la cabeza a los pies, y quedó completamente agotada. De repente, el balde que tenía en la mano se le cayó; acaba de sentir en la espalda una dolorosa puntada. Le fué imposible continuar su trabajo. Plegada en dos se arrastró dificultosamente hasta su casa, y se echó a la cama.

Y aquí, señoras y señores, principia ya la extraordinaria historia de Teresa Neumann y también su vía crucis.

Después de algunos días, reanudó sus ocupaciones habituales; pero apenas podía tenerse en pie. Caminaba inclinada hacia adelante y hacia un lado, apenas podía agacharse; sentía dolores punzantes en el dorso y alrededor de la cintura; no soportaba ningún alimento; era sacudida por una tos persistente.

Pero, ni ella ni su familia tomaban su enfermedad a lo serio.

Un nuevo esfuerzo trajo un nuevo accidente. Subiendo un día de la bodega con un saco de papas al hombro, cayó de espaldas; azotó la cabeza contra el primer tramo de la escalera, y se desmayó. Cuando la levantaron se vió que tenía en la base del cráneo, una ancha herida que supuró largo tiempo; se quejaba también de perturbaciones visuales que no tardaron en agravarse.

Forzada a abandonar su empleo, en el cual fué reemplazada por su hermana menor María, volvió a casa de sus padres quienes la enviaron al hospital de Waldsassen. El médico del establecimiento, Dr. Gödel, diagnosticó una crisis aguda de reumatismo con descenso del estómago, y prescribió el tratamiento del caso.

Al cabo de siete semanas, siendo nulos, los resultados del tratamiento, ella volvió a casa de sus padres, donde trató en lo posible de hacerse útil.

Empero, la mala suerte la perseguía. Tuvo otros tres accidentes semejantes al ya descrito, y en uno de ellos se hirió gravemente en la cabeza por segunda vez.

Como consecuencia de ellos, todas las funciones de su debilitado organismo se alteraron; comenzó a sentir calambres horribles, al menor esfuerzo, a veces al atarse su delantal, al coger del suelo un objeto. Estos calambres se hicieron más y más frecuentes, abarcaron los músculos del

tronco, piernas y brazos; y eran tan dolorosos que principió a perder el conocimiento.

El choque que provocaban estas crisis era tan brusco y tan violento que ella podía ser precipitada fuera de su lecho si no había alguien a su lado para retenerla. En ocasiones su respiración era tan débil, que las personas de su familia se preguntaban si no estaba muerta.

Estos calambres, estas convulsiones, estos síncope tomaron tales proporciones, que el estado de la columna vertebral se hizo tan doloroso que la desgraciada joven no pudo ya ni caminar, ni estar de pie ni sentada, ni prestar en su casa ningún servicio.

A principios del invierno (1917) se echó a la cama definitivamente.

Las complicaciones más penosas y más inquietantes vinieron a someter a prueba su paciencia, a espantar a los suyos, y a desconcertar los recursos del arte.

Un año después del accidente del incendio, todo el tronco y los miembros inferiores de Teresa estaban completamente insensibles y absolutamente inmóviles.

Si al menos su mirada hubiera conservado un poco de su antigua limpidez, inmovilizada en su lecho, la pobre enferma habría podido siquiera ver lo que pasaba a su alrededor, contemplar las santas imágenes pendientes de los muros de su pieza, leer sus libros de piedad.

Este consuelo le fué rehusado. A partir de Abril de 1918, un velo se extendió gradualmente sobre sus grandes ojos negros. En Marzo de 1919, estaba completamente ciega!

Después de la vista, perdió el oído...

Enterrada viva en su propio cuerpo, ya no reconocía a las personas de su casa sino por el tacto.

Para colmo de desgracia, a fuerza de permanecer en su lecho en la misma postura, se le formaron en la espalda y en el pie izquierdo dos grandes heridas purulentas y excesivamente dolorosas.

Tal era el estado lamentable de Teresa Neumann en los primeros meses de 1919.

Este martirio no fué de algunas semanas ni de algunos meses: Duró cinco años. Los modestos recursos de su familia fueron agotados casi enteramente en vanos intentos de curación. Cuatro

médicos sucesivamente la tomaron a su cargo, y los cuatro fracasaron.

El Dr. Burkhardt, que le había tomado cariño, le hizo un día un examen especialmente minucioso de la columna vertebral. El resultado del examen fué téticamente pesimista.

Al saberse desahuciada, la atormentada enferma hizo este único comentario:

“¡Ah! Veo desvanecerse para siempre mi sueño dorado de ser religiosa misionera!”.

Teresa francesa y Teresa alemana

La joven Carmelita de Lisieux, Teresa del Niño Jesús, había muerto en 1897; y gracias a una verdadera lluvia de milagros al decir de sus biógrafos, había aduirdo una celebridad mundial.

Ya, en 1914, Fernando Neumann, padre de Teresa, la víspera de partir para la guerra, había oído hablar vagamente de Teresa de Lisieux en Waldsassen, y sin saber bien de qué se trataba, había llevado una imagen de ella a su hija.

Tan pronto como la vió, Resel se sintió atraída hacia su gloriosa homónima: había hecho colocar su imagen en el muro, sobre su lecho, la había tomado por patrona; y desde entonces se complacía en dirigirle oraciones. Ahora que estaba inmóvil en su lecho de dolor le pedía insistentemente que la sanara, si esa era la voluntad de Dios; y menos por ella misma que por su madre, que se agotaba a la cabecera de su cama.

Deseaba sobre todo recobrar la vista. ¿Le sería asordado tan insigne favor? Ella, en realidad, casi no lo esperaba.

Mas no por eso dejó de ser escuchada.

“El 29 de abril de 1923, a las 6 de la mañana—ella misma es la que habla—mi padre, que debía ausentarse por dos días, vino a saludarme. Yo le deseé buen viaje. Media hora después, de repente, ví mis manos y mi camisola blanca. ¿Estoy soñando? me pregunté. Me froté los ojos, miré en torno mío. Ví también, suspendida del muro la imagen de Santa Teresa del Niño Jesús y la consideré como una querida amiga. Una persona entró. ¿Quién eres tú, pregunté sorprendida? Pero, soy yo! Y en su voz reconocí a mi hermana Zensel. Ella había crecido y cambiado mucho en los cuatro años durante los cuales yo no la había visto. Mi madre

fué llamada apresuradamente. Tan pronto como entró yo grité: ¡mamá, veo! Estás delirando, exclamó ella. Sin embargo, con manos temblorosas me acercó un florero con flores que yo tomé inmediatamente. Después llamó a mi hermana Odilia. Nueva sorpresa de una y otra parte. ¡Odilia mía qué grande estás! Toda la familia lloraba de alegría”.

Hasta aquí Teresa.

Al día siguiente llegó el médico de la casa, el Dr. Seidl. Muchas veces había intentado devolverle la vista a su enferma; pero había casi renunciado ante la violencia de las crisis nerviosas que provocaba su tratamiento. Algunos días antes había llegado a decir: “ya no tengo grandes esperanzas; sin embargo, voy a ensayar un nuevo remedio muy eficaz”.

Se comprende la sorpresa del doctor Seidl al constatar que Teresa veía, y lo veía todo claramente, antes de haber ensayado el nuevo tratamiento.

“Sor Teresa del Niño Jesús ha sido beatificada ayer en la mañana, le explicó la madre, nosotros creemos que es ella quien la ha socorrido”.

En efecto, la víspera, es decir, el día en que Teresa había recobrado súbitamente la vista, después de una ceguera absoluta de cuatro años, se habían celebrado con gran pompa en Roma las fiestas de la beatificación de la Hermana Teresa, y nuestra pobre enferma se había preparado a ellas con una novena rezada a medias, a causa de los dolores de estómago, particularmente intensos que sufría entonces.

“Yo, dice uno de los peregrinos de Konnersreuth, he sumergido mi mirada en sus ojos tan vivos y penetrantes: nadie sospecharía que ella ha estado ciega cuatro años y un mes”.

Algún tiempo después, en el curso del mes de Setiembre, se produjo una deformación, que por lo demás era esperada. Durante un síncope particularmente grave, su pierna izquierda se plegó tal manera que el pié vino a quedar yustapuesto a la pierna derecha por encima de la rodilla. En vano se trató de enderezarla; quedó en esa postura ocho meses, y la infección que la roía, se envenenó rápidamente. La gangrena la amenazaba: se juzgó necesaria la amputación.

Teresa se dirigió de nuevo a Aquella que le

había escuchado tan maravillosamente. Le pidió por piedad para con los suyos, que no fuera necesario amputarle el pié. Al mismo tiempo obtuvo de un Padre Carmelita tres hojas de rosas benditas que habían tocado la tumba de la Bienaventurada Teresa, y se las hizo aplicar por su hermana Crescencia, cuando ésta le hizo la diaria curación.

Al cabo de algunos instantes, sintió en el pie enfermo un dolor penetrante seguido de una fuerte comezón. Y después, nada! Al día siguiente, cuando le quitaron las vendas, las flores estaban adheridas a ella por la sangre y el pus; pero la herida estaba cicatrizada y recubierta de una piel fina. Esto sucedió el 3 de Mayo de 1925, dos años después de haber recobrado la vista.

El 17 de Mayo siguiente, un Domingo, la Basílica de San Pedro desplegaba de nuevo el fasto de sus ceremonias con un esplendor desacomtumbrado. El Papa Pío XI canonizaba a Teresa, veintiocho años después de su muerte, en medio de una multitud inmensa venida de todas partes del mundo. Fué también para la protegida de Konnersreuth un día de gracia inolvidable.

Ningún cambio se había producido en su parálisis; la pierna izquierda estaba siempre doblada, la espina dorsal como quebrada, la herida de la espalda, abierta y dolorosa. Todas estas dolencias eran consideradas como incurables. La enferma misma no veía su liberación sino en la muerte. Según sus propias declaraciones, ella no esperaba ya sanar y hacía tres años que no rezaba un padre nuestro a esta intención.

Sin embargo, el día solemne en que su gran bienhechora recibía los honores supremos de la canonización ella habría debido, parece, implorar sus favores. No lo hizo. A las 2 de la tarde, la campana llamó a los fieles a la iglesia para las devociones del mes de María. Contra su costumbre, los esposos Neumann se quedaron en casa. Teresa se puso a rezar el rosario en su lecho. De repente lanzó un grito. Sus padres acudieron. Un momento después, ella preguntó: "¿Mamá, dónde está el cura?". Se fué a buscarlo. El vino apresuradamente, acompañado de una religiosa de Mallersdorf. Teresa estaba como fuera de sí. Los ojos fijos, las manos en el aire, la cara radiante de alegría, movía las manos y los labios, como si estuviera en conversa-

ción con un personaje invisible. Pronto se sentó, lo que no podía hacer desde hacía seis años y medio; y luego se dejó caer sobre sus almohadas y así permaneció algún tiempo como transfigurada. Por fin, recuperó su expresión habitual.

El señor cura le preguntó: "Resel, dónde estás?" Por toda respuesta, ella dijo con seguridad: "ahora puedo sentarme". Y en efecto, se sentó en su lecho. "Puedo caminar también, dijo todavía". ¿Podía creérsele?. Su madre la examinó: la pierna izquierda se había enderezado; de las heridas de la espalda no quedaban ni señales; la región lumbar había recobrado su elasticidad. Sin duda alguna, la enferma había sanado. Fué vestida con vestidos prestados, porque toda su ropa se había distribuido durante la guerra, creyendo que no volvería a usarla. Se levantó; estuvo de pie, bien derecha, al lado de su cama, y caminó a través de la pieza, sostenida por su padre, porque todavía estaba muy débil.

¿Cómo se había operado este prodigio? Ella misma lo ha referido en el momento de su curación en presencia de sus padres, de la religiosa y del cura de la parroquia, quien inmediata y minuciosamente lo ha consignado por escrito en los términos siguientes:

"Mientras ella meditaba el segundo misterio del rosario, se vió envuelta en una luz más bella y más bienhechora que la del sol; estupefacta, dió un gran grito. Oyó en seguida una dulce voz que le decía: "Resel ¿quieres sanar?" Ella respondió: "Todo es bueno para mí si es la voluntad de Dios: sanar, seguir enferma o morir. Yo me regocijo con todo lo que me envía el buen Dios". "Pues bien, replicó la voz, desde ahora tú podrás sentarte y caminar. (Y acabamos de ver que se sentó y caminó). Tendrás todavía mucho que sufrir; pero no temas nada, yo te he ayudado hasta ahora, te ayudaré en el futuro. Sólo por el sufrimiento podrás realizar tus intenciones y tu vocación de víctima, y de ese modo ayudar a los sacerdotes. Más almas son salvadas por los sufrimientos que por brillantes sermones.

Ella no ha visto a nadie en su éxtasis; pero, hoy todavía, está persuadida de que Santa Teresa le ha hablado en ese gran día de su canonización y la ha sanado milagrosamente.

Lo cierto es que ahora está en pié, va y viene como todo el mundo, sin muletas ni bastón, no

tiene heridas ni tumores y no experimenta el menor dolor en la columna vertebral.

Volvió a sentir durante algún tiempo todavía malestar a los ojos y alguna necesidad de apoyo al caminar; pero desde el 30 de Septiembre de 1925, día aniversario de la muerte de Santa Teresa, y después de un nuevo raptó, todas estas debilidades han desaparecido.

En cuanto a las palabras que la Santa le ha dicho y que ella jamás había leído, se sintió muy feliz al saber por su cura que ellas se encuentran en la *carta 6.a de la jóven Carmelita a los misioneros*.

Una curación, por extraordinaria que sea, no es, sin embargo, una garantía de que no se volverá a estar enferma. El siete de Noviembre de 1925, Teresa Neumann caía de nuevo a la cama, y al cabo de tres días se había debilitado de tal manera que no podía siquiera abrir los ojos. Sufría dolores atroces a los intestinos. El Dr. Seidl, llamado el 13 en la noche, declaró, después de un examen minucioso, que la enferma estaba atacada de una *apendicitis purulenta*, y ordenó su traslado inmediato al Hospital de Waldsassen. El declinaba toda responsabilidad, si la operación se postergaba para el día siguiente. Los padres, consternados, suplicaron al cura que interviniera ante el médico para que tratara a su hija en su casa. Hay gentes que tienen un miedo excesivo y poco razonado a las intervenciones quirúrgicas. El Doctor fué inflexible. Todo fué dispuesto para la partida; el padre corrió a buscar un carruaje, la madre preparó la ropa necesaria, el cura permaneció al lado de la enferma para reconfortarla.

De repente, ella le hizo señas de acercarse y con débil voz le preguntó si podía pedirle a Santa Teresa que le evitara la operación, porque su madre estaba desesperada. "Pida, pida siempre", le dijo el sacerdote. Ella se hizo traer y aplicarse una reliquia de Teresita, y las oraciones principadas.

Al cabo de algunos instantes, se levantó un poco, abrió los ojos, tendió los brazos hacia adelante, y, con la cara radiante, repitió varias veces: "sí, sí". En seguida se sentó en su lecho, tocó el punto enfermo y dijo: "En efecto..." Se le preguntó si Santa Teresa se le había aparecido una vez más, y la había curado. "Sí, respondió

ella, una mano se me ha aparecido, una mano fina y blanca como la de las imágenes de la Santa. He querido tomarla, no lo he conseguido. Pero la voz me ha dicho: "Tu perfecta sumisión y tu empeño en sufrir me complace. A fin de que el mundo reconozca la existencia de un poder superior, tú no necesitarás ser operada. Levántate; pero inmediatamente, inmediatamente, y vé a dar gracias a Nuestro Señor ante el Santo Sacramento.

Y ella se levantó y se vistió para ir a la Iglesia. La madre se opuso: salir a esa hora! Eran las siete de la tarde y con esa fiebre! El cura arregló la cuestión: "Puesto que Santa Teresa lo quiere, partamos".

Mientras tanto, todo Konnersreuth, impuesto de lo que pasaba, se había congregado en la plaza: cada cual quería ver a la miraculada.

Ella estaba, en efecto, perfectamente repuesta, alerta y sonriente.

¿Es esto todo? ¿La enfermedad cesará por fin de encarnizarse en este joven organismo? Después de tantas reacciones eficaces, era permitido esperarlo. ¡Vana esperanza! En el otoño de 1926 contrajo una bronquitis que la fatigó mucho durante algunas semanas. Su vida, sin embargo, no estaba en peligro. Con cuidado y algunas precauciones se estaba seguro de que no tardaría en reponerse. No se sabía entonces, no podía saberse que una nueva faz acababa de iniciarse en su vida.

Toda la noche, del 18 al 19 de Noviembre, ella conoció horas espantosas. Torrentes de amarguras pasaron y volvieron a pasar por su alma, la sacudieron hasta en sus profundidades, mientras que su cuerpo era aniquilado por torturas cuya naturaleza y causa nadie era capaz de explicar. No se necesitaba tanto para que la bronquitis, activada por una fiebre intensa, degenerara en pulmonía. Se había declarado en la mañana, y se agravaba de tal manera que se esperaba la muerte de un momento a otro. El señor cura administró a la enferma los últimos sacramentos. A eso de las 6 de la tarde su rostro tomó un tinte cadavérico y sus miembros se enfriaron. Se le puso un cirio en una mano y un crucifijo en la otra, según la costumbre del país, y comenzaron las oraciones de los agonizantes.

De repente, ella dejó caer el cirio y el crucifijo y se incorporó en el lecho, con los brazos extendidos hacia algo invisible. Algunos instantes después la fiebre había declinado, la respiración se había hecho normal.

De la bronco-neumonía no quedaba sino una gran fatiga que también desapareció al día siguiente.

Una vez más la luz de las curaciones precedentes se le había aparecido; y la misma voz que se le había hablado antes le habló también ahora, y de la misma manera: "El Señor está contento de verte tan sumisa; pero tú no debes morir, para mostrar al mundo que existe un poder superior. Tú sufrirás mucho todavía a fin de sostener a los sacerdotes en la obra de salvación.

Señoras y señores: esta predicción se ha realizado. El 19 de Noviembre de 1926 ha marcado la victoria definitiva de la vida sobre la muerte. Teresa Neumann, bajo apariencias deleznales, que hacen contraste con su vigor de antaño, goza de una excelente salud; pero ha recibido en herencia un martirio de otro orden.

La estigmatizada

En la tercera semana de la cuaresma de 1926, y en la noche del jueves al viernes 5 de marzo, Teresa Neumann estaba acostada en su cama, y no pensaba en nada de particular; no tenía fuerzas físicas para ello, porque desde el 15 de febrero, es decir, desde el Carnaval, estaba de nuevo clavada en su lecho, presa de violentos dolores de oídos causados por un absceso, que vino a romperse el Sábado Santo.

En un momento dado, ella fué transportada en espíritu al Jardín de los Olivos, donde vió distintamente al Cristo arrodillado en medio de los árboles. Vió también a Pedro, a Santiago y a Juan, sentados, apoyados contra un peñasco, tristes y abatidos; pero no les prestó mucha atención a ellos; sus ojos se concentraron en el Salvador agonizante.

Pues bien, mientras estaba absorta en esta contemplación, sintió al costado izquierdo un dolor tan agudo que creyó morirse; al mismo tiempo tuvo la impresión neta de que de allí brotaba al-

go caliente. Era exacto. Acababa de formarse una herida en la región del corazón, y de ella manaba verdaderamente sangre; esto duró hasta el día siguiente a mediodía.

En la semana siguiente, de nuevo en la noche del jueves al viernes, sin haberlo procurado, asistió a la flagelación de Jesús; la noche del tercer jueves, a la llevada de la cruz a cuestras en el camino del Calvario; y el Jueves Santo nó a la crucifixión, como era de preverlo, sino por segunda vez a la agonía en el Jardín de los Olivos. Y cada vez, la sangre goteaba de la herida misteriosa espontáneamente abierta sobre el corazón.

Ayudada por su hermana Crescencia, trató desde luego de ocultar este extraño fenómeno a sus padres, a quienes no quería inquietar. So pretexto de frío, andaba constantemente envuelta en un chal, con gran desagrado de su madre que la trataba de vieja; y Benzel lavaba su ropa a escondidas, sin comprender bien las razones de tal manejo. Pero el Viernes Santo, 2 de Abril, este juego de escondite no fué ya posible. Ese día, en efecto, el éxtasis se extendió a toda la Pasión, desde Getzemaní hasta el Gólgota; la herida del corazón sangraba muy abundantemente, y los ojos vertieron por primera vez, y en abundancia, lágrimas de sangre. Toda la familia, el cura y algunos íntimos pudieron contemplar con todo detenimiento este espantoso espectáculo que por primera vez se ofrecía a sus miradas, y que todavía no comprendían en su verdadero carácter y significado.

Cuando en la tarde del mismo día, recobró sus sentidos, Teresa llevaba también heridas en las manos y en los pies; pero fué incapaz de explicar cómo se le habían producido; "No sé nada, dijo, no he tenido conciencia de esto. Yo no veía sino al Salvador. Vuelta en mí, he sentido que un líquido fluía de mis pies y de mis manos; pero no podía ver lo que era, las lágrimas de sangre me tapaban los ojos. Dije a mi hermana Zensel: "Mira, pues, lo que tengo, esto me duele tanto".

El Señor Naber, cura de Konnersreuth, confirma en todos sus puntos este ingenuo relato: "Yo he ido a verla en la tarde del Viernes Santo con otro eclesiástico, se lee en una nota escri-

ta de su puño y letra y fechada en esa época; ella estaba acostada, como una mártir, los párpados pegados por coágulos de sangre, la cara lívida. Había llevado conmigo los Santos Oleos, porque yo creía que talvez ella moriría a la misma hora del Cristo. En realidad, hasta las tres de la tarde, fué presa de las angustias de la muerte. Pero desde esa hora pareció más tranquila. El día de Pascua le llevé la Santa Comunión. Informado de que se habían producido novedades, le ordené, en nombre de la obediencia, que me mostrara sus manos y sus pies. Se había dicho la verdad: El empeine de los pies, el dorso de las manos, estaban marcados por heridas que sangraban". Y agrega el cura: "Necesité largo tiempo para recobrar mi calma".

El Viernes Santo del año siguiente, el 15 de Abril de 1927, siempre en las mismas circunstancias, es decir, durante la contemplación dolorosa de la Pasión, otras pequeñas heridas aparecieron en la palma de las manos y en la planta de los pies, como si clavos los hubieran perforado de parte a parte. Y esto fué, una vez más, sin que la paciente lo notara. Ella no vino a darse cuenta sino en la noche, después de las terribles emociones del día. Advirtiendo señales rojizas en sus manos "¿qué es ésto?", preguntó a sus padres. Eran manchas de sangre; pero, bajo esas manchas había carne viva, heridas verdaderas.

Ya, en el Otoño de 1926, afecciones semejantes se habían manifestado en la parte anterior de la cabeza, en el cuero cabelludo. Había sentido dolores persistentes de una violencia inaudita en la frente y en las sienas. El 5 de noviembre, *primer viernes del mes*, los síntomas de la estigmatización no eran ya dudosos. El 19, el día en que se creyó que se iba a morir, tres nuevas heridas se habían abierto. Al año siguiente, el *Viernes de la Pasión*, eran n número de ocho.

Y esto no debía ser el fin de estos extraños fenómenos. Durante la Cuaresma de 1928, el hombro derecho, que desde largo tiempo atrás la hacía sufrir mucho, se hinchó considerablemente, pero no sangró; después la tumefacción desapareció como por encanto para reaparecer de nuevo el año 1929, el 15 de Febrero, *primer viernes*

de Cuaresma. El viernes 8 de Marzo y los otros viernes hasta Pascua, le manó sangre en cantidad suficiente para empapar toda la ropa sin que se formara ninguna herida. Por fin el Viernes Santo, 29 de Marzo de 1929, Teresa recibió los estigmas de la flagelación. Al decir de su madre, su cuerpo estaba surcado de rayas rojas como si hubiera recibido azotes. Pero estas últimas heridas se cerraron poco después; el 9 de mayo, día de la Ascensión, no quedaban señales de ellas.

Mientras tanto, todas estas heridas, que permanecían abiertas y sangrientas, hacían más que incomodar a su víctima. Ella no podía caminar, ni estar de pié, ni servirse de sus manos; ni volver la cabeza, ni aún respirar con amplitud, sin provocar efusiones de sangre acompañadas de atroces dolores. Su madre estaba exasperada, agotada; su padre manifestaba impaciencia. ¿Qué hacer? La enferma se dirigió a la querida Santita que tantas veces había venido en su ayuda y le pidió una vez más que la socorriera. Muy poco después de esta petición, el 17 de Abril, todas las heridas cesaron de sangrar; pero sin sanar ni cicatrizar.

Hoy día Teresa Neumann lleva los estigmas de la coronación de espinas: ocho botones carnosos y rojos alrededor de la cabeza; los estigmas de la llevada de la cruz a cuestas: una amplia marca roja sobre el hombro derecho; los estigmas de la Crucifixión: cuatro heridas en las manos y en los pies que los atraviesan de parte a parte; los estigmas del costado abierto por la lanza: una grande herida en el pecho, exactamente sobre el corazón.

De todos los estigmatizados cuyos nombres ha transmitido la historia, la humilde hija del sastre de Konnersreuth es talvez la que tiene más completa semejanza con el Divino crucificado.

Empero, de todos los hechos extraordinarios que se señalan en Konnersreuth, los más impresionantes, aquellos cuyo espectáculo llena de estupor a los escépticos mismos y remueve hasta el fondo de su ser a los más insensibles, son sin duda alguna, los éxtasis sangrientos y las visiones del día viernes.

Ya he explicado en qué circunstancias Teresa recibió los estigmas, en 1926. Fué en el cur-

so de una contemplación intensa de la Pasión del Cristo, un Viernes de Cuaresma, mientras estaba arrebatada en éxtasis. A partir de aquella fecha, que remonta ya a siete años, hasta hoy día, estos raptos dolorosos no han cesado de renovarse todas las semanas, excepto en el tiempo pascual en que la Iglesia se regocija por los triunfos de su Divino Fundador sobre la muerte y el pecado.

El drama principia en la noche del jueves al viernes, algunas veces alrededor de las once, casi siempre un poco antes de media noche, y termina en el curso del viernes, generalmente a eso de las 3 de la tarde. Se cuentan, en término medio, unas cincuenta escenas de 10 a 15 minutos cada una, y entre las escenas, otras tantas pausas más o menos de la misma duración. Tan solo la última escena se prolonga durante unos 50 minutos, y aún más de una hora.

Pero, no hablemos de drama. No hay que imaginarse una pieza de teatro organizada y dirigida a voluntad. Aquí no hay ningún artificio. En el silencio de la noche, sea que esté sola o acompañada, en oración o en conversación, súbitamente, a la hora fatídica, la estigmatizada se yergue sobre su catre de fierro, sus brazos y su cuerpo se precipitan hacia adelante, su mirada se fija: el grande éxtasis del Viernes ha comenzado.

Desde ese momento, sea que se le hable o se le toque, ella no oye nada, no siente nada, ninguna receptividad: está enteramente muerta al mundo exterior. Un día una mosca se posó sobre unos de sus ojos abiertos; y, dejada ahí intencionalmente, quedó cinco minutos sin provocar el más ligero movimiento del párpado. Otro día, el cortejo fúnebre de un veterano del ejército pasa bajo sus ventanas; la música militar atruena el aire; al sonido de los instrumentos de bronce y de los tambores, los vidrios vibran; la estática no se mueve. Detalle digno de nota: los estigmas mismos, tan sensibles de ordinario, pierden entonces toda su sensibilidad; se ha permitido frotarlos, como una prueba; y no han experimentado la más leve reacción.

Nótese todavía que ella no está inmóvil como una estatua de mármol; unas veces está recostada; otras, sentada a medias; a veces reposa en las almohadas. Otras veces tiende los brazos hacia adelante, y ellos permanecen en el aire, con

los dedos ligeramente replegados hacia adentro; o bien los coloca al lado, los alza hacia el cielo, los deja caer sobre el lecho. De repente recoge las piernas, como si fuera a levantarse, en seguida las estira de nuevo. Por momentos sus párpados están semi cerrados, en seguida se cerrarán del todo, después se abrirán completamente para dejar ver dos grandes ojos, que se fijan en un objeto invisible. Unas veces sus labios están herméticamente cerrados; otras, su boca se abre, sus labios se mueven; se diría que va a hablar. Ahora su rostro se alumbra, un rayo de felicidad lo ilumina, todo su ser se extremece de alegría; y en seguida, es un sombrío velo de tristeza que cae sobre su rostro, o un movimiento de indignación que se pinta sobre sus rasgos.

Mientras tanto la sangre fluye gota a gota y sin interrupción de los ojos y del corazón. Porque, cosa curiosa, las heridas de las manos y de los pies se ponen brillantes, de un rojo escarlata, pero no sangran ya desde 1927. Lo mismo los estigmas de la cabeza, no entran en actividad sino a eso de las 8 de la mañana.

Cuando se contempla en aquella modesta habitación, sobre ese sencillo catre, aquél cuerpo inclinado hacia adelante, que respira apenas, y sin embargo, agitado por aquella mímica pavorosa; cuando se vé aquel rostro lívido como la muerte, completamente deshecho, a lo largo del cual descienden, de la cabeza y de los ojos, hilos de sangre que vienen a juntarse bajo la barba para caer en seguida sobre las sábanas, y mancharlas con espesas placas rojas, se creería tener ante sí la estatua misma del dolor; pero del dolor exento de las debilidades y vulgaridades de la miseria humana. Nada de fiebre aquí, ni de pulsaciones violentas, ni transpiración, ni síncope, ni la sombra de un desfallecimiento; ningún grito, ningún movimiento convulsivo. El pulso es fuerte pero regular; la temperatura, normal; el gesto, más bien lento y digno.

¿Qué tiene, pues esta niña? Aún cuando Teresa Neumann hubiera rehusado revelar su secreto, no nos costaría trabajo descubrirlo: Su exterior es la traducción de su alma. El juego de la fisonomía, los gestos, las actitudes, la mímica, en una palabra, hablan más clara y más elocuentemente que los discursos mejor preparados. El

cura Naber y la señora Neumann pueden dar explicaciones. . . Se les agradece; pero, en rigor, podría prescindirse de esos benévolos intérpretes.

Teresa asiste a toda la Pasión del Salvador... A la agonía en el Jardín de los Olivos, a la traición de Judas, a la vuelta a Jerusalem bajo la escolta de soldados, a la comparecencia ante el Sanhedrin, al juicio de Caifás, a los innobles tratamientos de aquella espantosa noche, a la coronación de espinas, a la flagelación, a los episodios del Ecce Homo y de Barrabás, a la condenación a muerte, a la llevada de la cruz a cuestas, a los encuentros con las santas mujeres en el camino del Calvario. Cada una de estas escenas dura de 10 a 15 minutos. Por fin, hacia el mediodía ella contempla todas las fases de la crucifixión y de la muerte de Jesús: y esta última faz se prolonga hasta alrededor de la una de la tarde

¿En qué consisten exactamente estas apariciones? ¿Son de orden espiritual o de orden sensible? ¿Se producen en la inteligencia o en la imaginación? Parece más bien que ellas obran directamente sobre los sentidos. Lo indiscutible es que la extática no ve estas sagradas peripecias como en una pantalla o en un cuadro vivo. Nó: no es un momento preciso de estos hechos lo que sería fijado por un artista maravilloso y se reproduciría en la retina de la vidente. La Pasión toda entera se desarrolla bajo sus miradas. Teresa ha sido como transportada a los teatros mismos en que Cristo ha sufrido: Getzemaní, el palacio del Gran Sacerdote, el Pretorio, el Gólgota, y tiene de todo esto una visión tan neta como si se encontrara allá realmente. Así es como pretende conocer la topografía del Jerusalem de la época mejor que la de su aldea natal de Konnersreuth. A todos los personajes del gran drama los conoce personalmente, los ve ir y venir y los oye hablar. El desarrollo de cada escena, en fin, lo sigue con una atención apasionada a medida que se van sucediendo.

No solamente asiste a la Pasión sino que participa en ella con cuerpo y alma, como vamos a verlo.

A eso de las 11—las 11 de la noche del jueves—se queja de un calor insoportable: es que el cortejo del Salvador ha salido de las sombras que proyectan las casas de Jerusalem y

avanza al rayo del sol. Varias veces, durante esta primera escena, sus dedos palpan la corona de estigmas de su cabeza, como si quisiera retirar algunas espinas más profundamente enterradas en la frente de Jesús. . . a quien está viendo!

A eso de las 12 1/4 comienza la crucifixión las manos color de cera de Teresa se levantan mostrando los estigmas en su parte interior ahuecada; los dedos desencarnados se encorvan crispados de dolor por los clavos que en este momento ella está viendo que perforan las manos de Jesucristo.

Cuando los divinos pies son clavados a su turno, las piernas de Teresa se estremecen tan violentamente a cada martillazo que estos movimientos son visibles aún bajo el edredon que las recubre. La expresión de su cara es en este momento de un dolor, de una angustia inexpresable, que desgarrar el corazón de los testigos.

Luego, la lengua desecada se desliza fuera de los labios buscando en vano algo con que apagar la sed, la sed de Cristo; lame la esponja que le acercan, es decir, la esponja que ella está viendo que un soldado romano acerca a los labios de Jesús atada a la extremidad de una lanza; pero ante la amargura del brevaaje, vuelve la cara con repulsión.

Ahora Teresa mira hacia arriba con la cabeza inclinada hacia la izquierda, como para escuchar; la expresión de dolor de su rostró desaparece un instante, porque ha oído la súplica del buen ladrón: "¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!". Con la cabeza levantada oye la respuesta del Salvador. De repente, con expresión de cólera se vuelve hacia el mal ladrón que blasfema, y se dibuja en su rostro un gesto de consternación y de horror.

Por fin, la estigmatizada, lívido el rostro, surcado por la sangre coagulada que ha rodado de los ojos, tiende las manos como si quisiera arrancar de la cruz al Crucificado; su cara desfigurada parece reflejar el eco potente y doloroso del Salvador que expira: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?" (2).

Señoras y señores: hay infinitas descripciones literarias, admirables, conmovedoras de Teresa Neumann en éxtasis, o si se quiere, de un éxtasis completo de Teresa Neumann. Grandes es-

critores de todas las nacionalidades han ensayado su pluma en este estupendo cuadro. Las dos más célebres, acaso, son las de von Lama, escritor alemán y la del corresponsal de "El Fígaro", de París.

No tengo espacio ni tiempo para reproducir ninguno de esos dos bellísimos trozos de literatura moderna.

Tampoco lo tengo para hablar de otros éxtasis, de otras visiones de Teresa Neumann, no menos sorprendentes que la ya descrita; ni de las revelaciones que ha recibido sobre los misterios de la fé; ni de su conocimiento de los corazones, ni del que podríamos llamar su don de lenguas, y discernimiento de las reliquias, ni de sus comuniones estáticas.

Pero debo reservar al menos un minuto para haceros saber que Teresa Neumann no ha tomado ningún alimento sólido desde el 10 de Marzo de 1918, y alimento de ninguna clase desde Pascua de Navidad de 1922. No ha absorbido líquido alguno desde el 26 de Diciembre de 1926, y desde el 30 de Septiembre de 1927 no acepta ni siquiera la gota de agua que antes se le daba en la santa comunión.

En cuanto a su sueño, ha dormido unas cuatro horas por día hasta Pascua de Navidad de 1926; después, una *media hora* diaria como término medio durante 19 meses, es decir, hasta agosto de 1928; y desde entonces hasta hoy no ha dormido ni siquiera un minuto ni de día ni de noche.

He aquí, señoras y señores, un ser humano, una mujer de 34 años—recientemente cumplidos—que, aparte de sus éxtasis semanales ya des-

critos, hace una vida normal, activa, fecunda y ejemplar; y que desde hace cuatro años y medio no come, ni bebe, ni duerme; y sin embargo se mantiene en un peso uniforme de 55 kls. A veces, a causa de las grandes hemorragias de los éxtasis, pierde hasta 3 kilos; pero sin probar bocado ni beber una gota de agua, los recupera al día siguiente. Es lo que, en un artículo publicado hace cinco años, yo llamé un milagro pesado en la romana.

¿Qué es ésto, señores? ¿Qué es Teresa Neumann para la humanidad de nuestros días?

¿Qué explicación tienen estos sorprendentes fenómenos, acaso únicos en la historia de la humanidad, si se les considera en todo su variado e imponente conjunto?

¿Qué objeto tiene todo esto?... ¿Qué significado? ¿Qué enigma, qué misterio es éste?

¿Qué piensa la religión de Teresa Neumann? ¿Qué dice de ella la ciencia?

En conocimiento de los hechos, que la religión de cada cual responda como quiera... como pueda... mientras Roma, hasta ahora silenciosa, habla...

En cuanto a la ciencia, ella ha hablado mucho sobre Teresa Neumann; tal vez ha hablado demasiado...

Por mi parte, yo me abstengo de exponer hoy lo que ella ha dicho. Si lo hiciera, cometería una doble falta: daría a esta conferencia una extensión que la haría salir del marco habitual y reglamentario, y olvidaría mi promesa, hecha al principiar, de no entrar, por hoy, al ardiente debate que desde hace cinco años tiene lugar en el mundo en torno de Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth.

Mi visita a la estigmatizada de Konnersreuth

*Conferencia dictada por don Maximiliano Errázuriz Valdés
el 30 de Agosto de 1928 en el Teatro Miraflores.*

Extraña coincidencia, en verdad, el hecho de que en el país donde el espíritu humano está más sometido al severo marco de la ciencia y la fantasía misma parece obedecer a una voz de orden; donde el método tiende a doblegar las iniciativas y los hechos son forzados, por la disposición dogmática de las inteligencias, a encuadrarse todos dentro de alguna ley de finalidad que establece las causas y prevé los efectos, en ese país, en Alemania, sea donde exista hoy día, el ejemplo más estrepitoso de rebelión a toda regla científica y el misterio más indescifrable para el criterio meramente humano.

En la propia patria de un célebre físico como Röntgen y contemporáneamente con él, es donde vemos que contrariando la ley de que nada se crea, aparecen elementos en un organismo sin que haya concurrido el menor aporte de materia; en la patria de un famoso biólogo como Driesch, donde se presenta el caso de tejidos purulentos que sanan en un instante; en la de los más renombrados higienistas del mundo, donde, desafiando cuanto se ha escrito sobre regímenes, vitaminas y asimilación, vemos una persona que no necesita desde hace años ni comer ni beber; en la tierra de psiquiatras tan famosos como Aschaffenburg, donde una niña, desprovista de toda malicia, lee en los corazones y descubre arcanos escondidos para todos los presentes; por fin en la de Wackernagel, uno de los más sabios filólogos del mundo, quien, al igual que sus colegas, ha gastado una vida para familiarizarse con las lenguas orientales muertas, es donde una aldeana inculta, que ni siquiera posee bien su propio idioma, sorprende a todos con su erudición políglota.

¡Qué conjunto tan desconcertante de maravillas!

Teresa Neuman posee UNA sola ciencia pero ésta en grado sumo: el amor a Dios, y bien podría hacer suyas las palabras de N. S. que nos

trasmite San Mateo: "Yo te glorifico, Padre mío, Señor del cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes del siglo y las has revelado a los pequeños. Si, padre mío, alabado seas por haber sido de tu agrado que fuese así".

Había oído hablar tanto y en círculos tan distintos, de los prodigios de Konnersreuth, que me pareció de sumo interés ir a verlos "de visu". Ya sabía yo por la visita que había hecho algunos años antes al célebre estigmatizado italiano, Padre Pío de Pietralcina, qué frutos tan excelentes de vida espiritual se consiguen con la visión personal de tales fenómenos.

Con mi esposa pasaba en 1929, una agradable temporada en el sur de Alemania, en Baviera. Cuando llegó el momento de dirigirnos hacia el norte, a Berlín, acordamos salir del recorrido directo a fin de visitar a Teresa Neumann. El Jueves 6 de Junio, hallándonos en la histórica ciudad de Ratisbona, que fué durante siglos sede de la Dieta del Imperio Romano-Germánico guarda de esa época insignes monumentos, nos encaminamos a la Curia Episcopal para solicitar el permiso correspondiente, Konnersreuth pertenece a la diócesis de Ratisbona.

El Obispado ocupa un edificio del siglo XVIII, delicioso por su aspecto arcaico y por la paz que reina en sus luminosos corredores barrocos. El Obispo Monseñor Buchberger se encontraba en Roma. Nos recibió el Vicario General.

"Bien han hecho Uds. nos dijo, en venir a pedirme permiso para visitar a Teresa Neumann porque si hubiesen llegado directamente a Konnersreuth, habría sido imposible que fuesen admitidos a verla, aunque viniesen de América con tal fin. No hace mucho una distinguida personalidad, que venía de lejos, llegó directamente al pueblo; en vano pidió ser admitida sin el requisito indispensable. El párroco Naber le tras-

mitió un recado de Teresa que se resignase con su mala suerte: el ofrecimiento de este sacrificio a N. S. le resultaría más provechoso que el asistir a sus éxtasis”.

“Otra es mi preocupación respecto a Uds. me agregó el Canónigo, y es que, si piensan irse en el acto a Konnersreuth, se encuentren con que mañana no tenga Teresa los éxtasis de que disfruta habitualmente en día Viernes. En efecto, éstos, después de culminar en Viernes Santo, se suspenden durante la época pascual y recién se reanudan en ocasión de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Mañana celebra la Iglesia precisamente esa fiesta, de modo que no es seguro que Teresa tenga sus éxtasis mañana o haya que esperar hasta el viernes próximo”.

Ante la intranquilidad que nos produjo esta duda el venerable sacerdote tomó un tono persuasivo: “Pero seguramente tendrán Uds. suerte. Vayan no más a Konnersreuth esta misma tarde y soliciten hablar con el párroco Naber a fin de cerciorarse. De todos modos voy a consignar en la tarjeta un permiso muy especial para que se les deje a Uds. permanecer más rato en la pieza de la estigmatizada de lo que es usual con las demás visitas”.

A las dos horas íbamos ya en dirección al norte, en el expreso de Leipzig. A fin de aprovechar los buenos trenes de las líneas principales habíamos dejado a un lado el itinerario habitual que nos habría llevado a Konnersreuth por una serie de líneas secundarias y autobuses. Nos bajamos en una pequeña ciudad llamada Markt Redwitz, en la línea de Praga a Nürnberg y allí alquilamos un auto que nos llevara hacia la frontera de Checoslovaquia. Recorrimos esa tarde, por espléndidos caminos, bordeados de hayas, una pintoresca altiplanicie de ondulaciones suaves en que los bosques de pinos alternaban con cultivos de trigo y papas, y prados verdes en cuyo centro se levantaban las sencillas granjas de sus dueños. Uno que otro pueblo interrumpía el idílico paisaje.

Cerca de las seis llegamos al último pueblo alemán. Era Konnersreuth.

El auto nos dejó frente a una humilde casa, hotel a todas luces improvisado, en que se nos dió una pieza modesta, pero tan limpia, como podía esperarse en un lugar de aldeanos de aquel

país civilizado. Las camas desaparecían bajo el inmenso edredón que en tales casas se usa. Crucifijos e imágenes piadosas colgadas de la pared revelaban la intensa piedad del pueblo bávaro.

Luego de imponerme de la dirección de la casa parroquial me dirigí a ella por la única calle de la aldea. Por entre una doble hilera de apacibles y sencillas casas blancas de dos pisos llegué hasta la plaza, en uno de cuyos costados se levantaba la iglesia, cuya torre terminaba en una coronación en forma de bulbo, característica de las iglesias de Austria y Baviera, adonde ha llegado como lejana reminiscencia, sin duda, de las cúpulas bizantinas. Detrás de la iglesia y separada de ella, estaba la casa parroquial.

A mi llamado, salió a abrirme una muchacha joven, de aspecto lozano, con la cabeza tapada por el ancho pañuelo blanco que usan las aldeanas de Baviera. Le pedí que me llamara al señor párroco. Se sonrió y dibujando un gesto de denegación, me indicó por toda respuesta un letrero muy visible en el exterior de la puerta que decía: “Para todo asunto relacionado con Teresa Neumann el señor Cura Naber recibirá solamente de 2 a 3 P. M.” En Alemania son inexorables en el cumplimiento de un reglamento. Es perspicaz esta niña, pensé, cuando, sin preguntarme nada, sabe que vengo por Teresa.

Insistí una y otra vez; pero, ella, con la mayor suavidad, se negaba a anunciarme. Por fin tomé un tono autoritario y le dije: “El señor Vicario General me ha dicho expresamente que venga a esta hora a hablar con el señor Naber. Es orden de él”. Con eso se rindió inmediatamente la niña y me dijo: “Si el señor Vicario General se lo ha dicho voy a cumplir en el acto con anunciarlo a Ud”.

Dos minutos después estaba conmigo en el salón el simpático y afable párroco, quién además de ser confesor de Teresa Neumann, ha sido toda la vida su confidente y testigo primero y depositario de sus maravillosos carismas.

Desde luego me aseguró que al día siguiente veríamos a Teresa en éxtasis porque precisamente cada año en la fiesta del Sagrado Corazón se reanudan sus visiones.

Preguntéle si Teresa tenía en todo momento sus estigmas o sólo los días Viernes: “Siempre, continuamente, me contestó. ¿No se fijó Ud.?”

“Pero si yo no la he visto todavía”. “Claro que la vió, si fué ella quien le abrió la puerta y con quien Ud. discutió para que le dejara entrar”. ¡Qué impresión más grande me hizo saber que había estado discutiendo con la propia Teresa Neuman! Y no pude menos de exclamar con un sentido algo profano de las circunstancias: “Qué lástima no haberlo previsto para haber traído mi máquina fotográfica y haberla hecho posar un instante. De modo que Teresa no está obligada a permanecer en cama?”.

“De ninguna manera. Sólo se queda en cama los viernes. Los demás días hace una vida normal. Ayuda a su madre en los quehaceres de la casa, cuida de las flores del jardín y viene a menudo acá a ver si puede hacerse útil en algo. Se trata de trabajos ligeros porque el dolor que le provocan los estigmas en los pies y las manos le impiden todo esfuerzo. Ahora ha venido a confesarse, porque mañana es Viernes primero además de ser fiesta del Sagrado Corazón”.

“Va a la iglesia al igual que los demás fieles?” “Por supuesto, pero tiene su asiento especial detrás del altar mayor, a fin de sustraerse a la curiosidad del público”. Más tarde estuvimos con mi mujer en la iglesia y pudimos ver, en el sitio indicado por el cura, la silla en que se sienta Teresa. Los brazos se juntan por delante, así dispuestos para sujetarla durante las visiones que a menudo se producen después de la comunión.

Vivo interés tenía yo de saber si el señor Naber le atribuía carácter sobrenatural a los fenómenos de su penitente y el concepto que ésta a él le merecía”.

“La Iglesia no va a pronunciarse sobre si es o no es santa, me dijo. Esa investigación se hace después de muerta la persona y con el lujo de precauciones y severas exigencias que Ud. conoce. Ello no impide que cada uno se forme su opinión personal, y no hay duda que aquí tenemos uno de los conjuntos más admirables de prodigios de que haya memoria en los últimos siglos”.

El párroco me relató la actitud prudente observada por el ordinario eclesiástico. Pasaron varios años antes que la visitara el Obispo de Ratisbona. Sólo en 1928 fué a verla el Cardenal

de Munich, Faulhaber y ese mismo año el Santo Padre le mandó su bendición.

Me repitió lo mismo que me había dicho el Padre Guardián del convento de S. Giovanni Rotondo respecto al P. Pío; el hecho de ser objeto de prodigios no lo permite Dios para enaltecerla a ella. Hay una infinidad de grandes santos que pasan a través de este mundo sin que se singularicen en nada. Jesucristo dijo de San Juan Bautista que era el más grande de los hijos de los hombres y sin embargo el Evangelio de S. Juan nos dice expresamente que no obró milagros. Los prodigios tienen en cambio un valor de edificación para los demás fieles. Muy grande es el bien que Teresa ha obrado en toda la comarca. Infinitas las conversiones que se han producido. Ella es muy obediente y humilde y tan penetrada de espíritu sobrenatural que bien puede decirse que N. S. es el centro de su vida, el objeto de todos sus afectos y fin de sus actos. Cuando en 1927 comenzó a ser visitada por miles de personas, su primer impulso fué negarse a recibirlas, y si accedió fué exclusivamente porque le representaron que así servía a muchas almas y complacía al Creador. Conocida como es la afición de los místicos a vivir reclusos y olvidados, resulta extraña para los que solo conocen a Teresa Neumann de nombre, la publicidad que existe alrededor de sus estigmas y visiones. Sin embargo, su tendencia natural es la de todos los místicos. Teresa considera los largos años que pasó ciega y parálitica como los más felices de su vida, porque durante ellos pudo vivir una vida escondida en Cristo. Prefería que sólo los suyos supiesen de su existencia. Se regocijaba en padecer y con la idea de que Dios en su paternal afecto la destinaba a perfeccionarse en el sufrimiento. Nada de exhibicionismo; al contrario, habiéndole tocado a una persona muy íntima de ella conocer a fondo sus estados de alma, Teresa obtuvo de esa persona amiga la promesa formal de no escribir nada sobre ella mientras viviese.

Hizo cuanto pudo por ocultar sus estigmas. Pero habiéndolos descubierto su hermana y luego toda la familia, fué imposible impedir que acudiesen en tropel los vecinos, amigos, clientes (el padre es sastre) y, tras de ellos, las per-

sonas que llegaron de todas partes. Más grande que su amor a la soledad fué en Teresa el amor a Nuestro Señor. Comprendió que en el corazón materializado de los hombres estos fenómenos misteriosos, índices de alta espiritualidad, iban a producir una honda impresión y frutos grandes de vida sobrenatural. Se resignó a recibir sinnúmero de visitas, curiosos profanos en gran parte. Cuanto de extraordinario le sucede no lo mira como algo que la exalta sino como una lección que, por su conducto, va a los hombres. Tiene siempre presente lo que le dijo la voz celestial, al sanarla en los momentos en que la iban a operar de apendicitis "A fin de que el mundo sepa que existe un poder superior, no vas a necesitar ser operada... En cambio vas a sufrir y sufrirás mucho... Así cooperarás a la salvación de las almas".

El cura me agregó que los padres de Teresa no sacaban provecho material alguno de la celebridad de su hija, porque no reciben limosnas ni obsequios y siguen viviendo, con sus diez hijos, en la misma modestia de antaño.

Le pedí que me contara en detalle el prodigioso ayuno de su penitente, objeto inconstrastado de la admiración de todos: creyentes y no creyentes, porque si bien pueden disentir los pareceres sobre su explicación, nadie puede negar el hecho. El señor Naber accedió gentilmente.

Desde el accidente de 1918, qué fué el punto de partida de su nueva vida, quedó Teresa Neuman con su sistema digestivo perturbado. Se dió cuenta de ello esa misma tarde, cuando al ingerir una cena frugal, experimentó fuertes náuseas. Cada día, después de las comidas, se producían vómitos dolorosos. Más tarde en el hospital de Waldsassen, habiéndole el doctor diagnosticado un descenso del estómago, fué sometida a un régimen severísimo: nada más que leche y pan. Se le redujo al hambre sin que por eso mejorara. Habiendo vuelto a su casa quiso alimentarse mejor, pero no lo consiguió. La carne, la fruta le hacían arder el intestino; todo le caía mal. A fines de 1919 el mal tomó proporciones alarmantes: las lesiones internas le producían abundantes hemorragias. En Abril de 1923 se creyó que pronto moriría. Esto se complicaba, al mismo tiempo, con su ceguera, su parálisis, la afec-

ción a los pulmones y las lesiones purulentas en la espalda. Desesperados, sin confianza alguna ya en los hombres, sus pobres padres le colgaron del cuello una reliquia de S. Teresa del Niño Jesús. De repente la enferma dió un grito y arrojó una cantidad considerable de bilis mezclada con sangre y pus. Desde ese día no ha vuelto a sufrir de sus antiguos dolores de estómago ni se han repetido las hemorragias.

No obstante permanecía muy débil, comía poco y sin apetito. El Dr. Seidl ensayó una y otra vez de suministrarle una mejor alimentación. Inútil, el estómago no la retenía. Teresa vivió hasta el 26 de Diciembre de 1926 con puros líquidos y en dosis cada vez menores. No era que le faltasen ganas de comer. Si se abstenía de nutrirse, no era por espíritu de penitencia ni de mortificación sino porque se lo imponía una penosa experiencia. Le había sobrevenido, en el intertanto, una úlcera y la contracción de la faringe. Esta grave complicación tenía el siguiente origen: Durante la Navidad del año 1922 se encontraba en Konnersreuth un joven seminarista a quien una afección maligna a la garganta cerraba el paso al sacerdocio. Teresa ofreció a Dios tomar sobre sí esta enfermedad. "De nada sirve mi vida, dijo ella". El Cielo aprobó esta substitución: el estudiante sanó y Teresa quedó con su enfermedad a la garganta.

No pudo tragar durante doce días ni siquiera una gota de agua. El cuello se le había hinchado sobremanera. Una parálisis del esófago, dijo el doctor Seidl, ya pasará". Efectivamente, el día de la Epifanía de 1923, pudo Teresa comulgar. Así estuvo, durante tres años, en alternativas de períodos de doce a quince días durante los cuales no podía tragar ni una gota y otros, en que, con ayuda de una pajita, conseguía perfectamente absorber líquidos.

Su madre estaba apenadísima de verla tan flaca, y tanto ella como el cura le instaban a que comiese y a que no tentase a Dios. La pobre muchacha se esforzaba por obedecer; pero la Naturaleza era más fuerte que su buena voluntad. Sólo se conseguía que bebiese leche, caldo, agua, café y jugo de frambuesa.

Estamos en 1926. En Octubre de ese año la necesidad de alimento y el apetito desaparecie-

ron del todo, sin que entonces tuviese ni tenga ahora repugnancia por la comida. Más si dificultad suma en tragar como antes lo dije. El 26 de Diciembre de 1926 Teresa ya no pudo seguir con su régimen líquido. Lo único que conseguía ingerir y con gran dolor y en muy pequeño tamaño era la hostia consagrada. Durante un tiempo y con la idea que fuese necesario para que la partícula llegase hasta el estómago, se humedecía ésta con una gota de agua. Pero como se viese después que no era necesario, desde el 30 de Diciembre de 1927 se le ha dado únicamente un pedacito de sagrada forma.

He aquí, por lo tanto, el hecho atestiguado por centenares de personas: la hija del sastre de Konnersreuth casi no toma alimento sólido desde el 10 de Marzo de 1918 y absolutamente ninguno desde el 25 de Diciembre de 1922. No ha ingerido líquido alguno desde el 26 de Diciembre de 1926 y ni siquiera desde el 30 de Setiembre de 1927 la gota con que se remojaba la Santa Hostia.

Agréguese el hecho que, después de pasar 19 meses durmiendo solo media hora al día, desde Agosto de 1928 ya no cierra los ojos a ninguna hora. Todo el tiempo que permanece en cama, desde las nueve de la noche hasta tarde en la mañana, lo emplea en coloquios con Dios.

Por otra parte, cosa extraordinaria, en el organismo de Teresa se efectúan, aunque con actividad mitigada, las combustiones que son usuales a todos los organismos. Se ha constatado que expira por la boca ácido carbónico. Los sabios alemanes, implacables en su acuciosidad, han medido las eliminaciones de sus intestinos y riñones, con lo cual se comprueba un desgaste de energía animal. Luego la estigmatizada, en sus éxtasis de los Viernes, pierde, durante doce horas, hasta medio litro de sangre, y como a esto se agrega un estado de viva excitación y una transpiración abundantísima, su peso baja habitualmente unas ocho libras. De ordinario el Domingo, a más tardar, las ha recuperado.

El señor Cura me contó cómo había sido el procedimiento adoptado por las autoridades eclesiásticas y médicas, para comprobar rigurosamente la efectividad del ayuno de Teresa.

El 14 de Julio de 1927 se inició el período de encuesta, que se llevó a efecto en Konnersreuth bajo la dirección del Dr. Seidl de Waldsassen. Se acordó mantener sobre Teresa una estrecha vigilancia de día y de noche, durante quince días, a fin de constatar que no probaba durante ese plazo alimento alguno sólido ni líquido. Fueron escogidas cuatro franciscanas enfermeras de Mellersdorf, y se les hizo prestar juramento ante el delegado del Obispo de que cumplirían su cometido con la mayor conciencia y obedecerían estrictamente las órdenes del Dr. Seidl. Con este fin el doctor las tuvo previamente dos días en Waldsassen dándoles las instrucciones del caso.

Iniciaron su actividad con una revisión sistemática de la pieza de la Neumann. Continuamente dos hermanas tenían fijos los ojos sobre ella, aunque se le permitía hacer su vida normal. La pesaban con regularidad; se medía antes y después del uso el agua con que se enjuagaba la boca y se sacaba muestra para analizarla de toda sangre que aparecía. Se practicaron asimismo varios otros análisis químicos. Todo cuanto se hizo llevó a la comprobación efectiva que Teresa no había probado el menor alimento. Lo más sorprendente fué la constatación de que, habiendo bajado considerablemente de peso en los dos viernes comprendidos dentro del control, pesaba al final lo mismo que al principio. Al iniciarse la encuesta, el Jueves 14 de Julio, pesaba 55 kilos; el sábado 16 después del éxtasis del viernes, había bajado a 51 kilos, o sea una pérdida de 4 kilos; el Miércoles 20 de Julio había recuperado tres, alcanzando 54 kilos; el Sábado 23, vuelta a perder 1 1/2 kilo quedando en 52.300 gr. el jueves 28 de Julio, al término de la encuesta, pesaba nuevamente 55 kilos. El Dr. Seidl se presentó a distintas horas del día o de la noche, nueve veces en Konnersreuth, durante esas dos semanas, trayendo a menudo consigo al Dr. Ewald, de la Universidad de Erlangen quien, muy a pesar suyo, hubo de constatar los hechos, como después lo declaró públicamente.

Terminado el cometido de las monjas, que lo habían cumplido con una precisión científica irreprochable, volviéronse a tomar juramento. El informe del Dr. Seidl, unido al libro de observaciones de los dos grupos de hermanas, confirma plenamente que ni en un hospital ni en una clínica

habría podido llevarse a efecto el control en forma más satisfactoria.

Yo miraba al buen Párroco. De tamaño regular, de cara redonda y algo canoso, todo su ademán respiraba bondad. Sus modales más refinados que los de un cura de campo; su conversación de considerable cultura. En el difícil papel de confesor de Teresa Neumann, responsable ante la autoridad eclesiástica de la efectividad de estos hechos sorprendentes, se desempeña con una virtud y un tacto notables.

Me contó también cómo se había generado en Teresa su vida mística, la serie de mejorías repentinas de que había sido objeto, y la aparición de los estigmas, pero no me detengo sobre este aspecto interesantísimo del problema de Konnersreuth, por haberlo ya tratado don Ricardo Cox Méndez, en su notable conferencia sobre esta niña extraordinaria.

“De modo que mañana viernes, fiesta del Sagrado Corazón, se reanudarán seguramente los éxtasis de Teresa. Está Ud. con su esposa, antes de las 9 de la mañana, frente a la casa del sastre Neumann y se les hará entrar. No olvide llevar la tarjeta del Vicario General. Ahora le ruego me disculpe, pues mi penitente me espera para confesarse”. Me despedí agradeciéndole cordialmente.

Esa noche, mientras comíamos en la rústica posada, en una pieza al lado de la cocina, aproveché para interrogar sobre Teresa Neumann a la muchacha que nos servía y a sus padres, los dueños del local. Aquella era coetánea de Teresa—31 años a la sazón—y su compañera de infancia. En todos se notaba admiración por sus virtudes y veneración por sus prodigios. El fervor religioso de esa buena gente, ya de por sí grande se hallaba acrecentado por el hecho de ser testigos presenciales, tan próximos y constantes, de algo que había causado sensación en el mundo entero y atraía la gente de los puntos más lejanos. En verdad que el hallarse cercanos al teatro de visiones tan notables, de hechos tan maravillosos sobrecoge el espíritu, uno se siente como transportado por ese ambiente intensamente sobrenatural.

En la mañana siguiente fuimos temprano a Misa. No eran extranjeros los fieles que llenaban enteramente la pequeña iglesia. El intervalo pas-

qual en los éxtasis de Teresa, había interrumpido la afluencia de visitantes. Eran los modestos pobladores del villorrio, aldeanos, comerciantes y pequeños funcionarios, en cuya piedad natural, el misticismo local ingertaba ansias centuplicadas de devoción. Dios parecía hablarles en forma casi tangible y ellos correspondían con gran fervor.

La Misa no la decía el señor Naber, pues se encontraba de seguro cerca del lecho de la Neumann, cuyos éxtasis habían debido empezar entre 1 y 2 de la mañana. Para disipar toda duda al respecto, en cuanto terminó la Misa, en la que comulgaron prácticamente todos los presentes, nos deslizamos discretamente hasta la parte posterior del altar mayor, a ver la silla que ocupa la estigmatizada. Como bien lo suponíamos, estaba vacía.

Una hora después nos hallábamos frente a la casa del sastre Neumann, ubicada en la esquina de la plaza con la calle principal, a un paso de la iglesia. Es un edificio de dos pisos, en cuyas blancas paredes lisas ponen una nota de animación los cardenales de vivos colores colocados en repisas en el exterior de las ventanas. Un techo muy inclinado, como en todas las casas nórdicas, parece aplastar las ventanas del segundo piso de la fachada, mientras que las del costado se destacan a grande distancia del vértice.

Hacia una de estas, convergen las miradas de un grupito de personas, que junto con nosotros, esperan. Es la ventana de la pieza de Teresa. Tras de esos vidrios todos presienten el drama: Una intensa emoción nos domina. Una deliciosa mañana de primavera, un sol radiante, vegetación fresca y lozana, colores claros, cardenales encarnados: paisaje eminentemente alegre, apacible, que respira la alegría de vivir... esta vida. Y tras de esas paredes una alma que vive agonizando, a cuyas miradas nada dicen estos encantos, que tiene el privilegio de no detenerse en estas apariencias engañosas y efímeras y sí de discernir la razón misma de las cosas; cuyo corazón, en vez de apegarse a las criaturas, se arrebatara enteramente en el Creador.

Bajo un grupo de frondosos tilos, brota de una fuente en el medio de la plaza un chorro de agua cristalina que cae alegremente en una pila circular de piedra.

La agitación nerviosa mueve a los que esperan a ser comunicativos. Las cuarenta o cincuenta personas que ahí se encuentran son todas alemanas. La mayoría son modestas. Algunas sin embargo, acaban de llegar en automóvil propio. Cada uno cuenta lo que ha oído de Teresa y suscita vivo interés el que puede referir alguna visita anterior.

De repente se abrió la puerta de la casa y fueron admitidas las ocho o diez personas más próximas a ella.

La nerviosidad aumenta. Las conversaciones callan. Reina un silencio saturado de expectativa. Pobres y débiles almas humanas impresionadas ante un reflejo indirecto de lo divino.

Nos pareció muy largo el intervalo hasta que la misma puerta volvió a abrirse y salieron los primeros admitidos. Su aspecto nos impresionó: La mayoría derramaban abundantes lágrimas y parecían incapaces de contestar a las preguntas con que los acosaban.

Entraron otras ocho o diez personas, y, entre ellas, nosotros. Un hombre alto, bien plantado, de bigote oscuro y cuya condición humilde se traslucía a pesar de estar decentemente vestido, nos hizo alinearnos a lo largo del zaguán mientras examinaba nuestros permisos. Era el señor Neumann. Halagóme el respeto con que fué recibida la autorización excepcional que nos diera el Vicario General. Subimos todos por la escalera que lleva al piso superior y entramos a la pieza de Teresa.

Hondamente emocionados nos detuvimos luego de pasar el umbral.

No me parecía posible que fuese la misma niña lozana del día anterior la que ahora veía sentada en la cama. Una cara enjuta, surcada por dos regueros de sangre, que, partiendo de los ojos, se esparcían por las mejillas hasta abarcarlas casi enteras y goteaban sobre la camisa! ¡Llanto de sangre! Entonces comprendí el sudor de sangre del jardín de Gethsemaní. . .

Repetición, en verdad, de la pasión de Nuestro Señor. A través del paño inmaculado que cubría la cabeza de Teresa puntos rojos indicaban en su frente las heridas abiertas en la cabeza del Redentor por la corona de espinas. A través de su alba camisa transpiraba en el hombro la sangre brotada en el punto en que Jesús

sufrió con el peso de la Cruz. En el costado de Teresa manaba la que Longino hizo derramar a Jesús con su lanza. Confundíanse sus manos diáfanas con la blancura de la ropa y de las almohadas, pero en el dorso y la palma veíase el rojo húmedo de los estigmas, así como se adivinaban bajo la ropa las llagas de los pies. El amor de Dios intenso de esta aldeana iletrada convertíala en una viva imagen del Crucificado.

Y el que una vez vió la expresión de angustia de esa cara ensangrentada no la olvidará nunca. No era solo drama, como lo creí desde la calle, lo que acontecía en esta pieza, sino tragedia viva y real. Teresa vé desarrollarse ante sus ojos las escenas de la pasión. Sentada en la cama, pero sin reclinarse en las almohadas y con el cuerpo ligeramente doblado hacia adelante, con los brazos estirados como en ademán de acudir en ayuda de nuestro Señor, sigue absorta la sucesión de crueles episodios.

De pronto miro a mi derredor. Todo el resto del ambiente es risueño. Una pieza alegre y espaciosa, de paredes blancas, bien alumbrada con un altar a la Virgen cubierto de cirios y flores. Sobre una tarima, una imagen de Santa Teresita del Niño Jesús, la taumaturga de Lisieux y protectora milagrosa de esta piadosa niña. Colgando del techo una jaula con canarios que cantan en sordina.

A uno y otro lado de la cama de Teresa, su madre, mujer respetable y corpulenta de unos cincuenta años y el párroco Naber. Siguen cada gesto de la extática con igual interés que si la presenciasen por vez primera. Al pié de la cama, dos sacerdotes, que se encuentran ahí desde temprano, contemplan, inmóviles, el impresionante espectáculo. Los eclesiásticos disfrutan del privilegio de poder quedarse toda la mañana. El señor Naber nos divisa, y reconociéndome, esboza un saludo y me indica que nos acerquemos, poniéndonos cerca de los sacerdotes. Ahí nos quedamos cuando llega el turno de irse a los que habían subido con nosotros.

Teresa sigue el desarrollo de la pasión. Contempla con indecible angustia, una angustia espantosa de agonizante los sufrimientos de Nuestro Señor. Estira los brazos, retuerce las manos, crispera los dedos, como desesperada de no poder remediarlos, mientras por esa cara acaso no me-

nos doliente que la de la Virgen al pié de la Cruz, corren las lágrimas de sangre.

De súbito, el esfuerzo agota el organismo y Teresa cae como muerta sobre la almohada. Entonces se inclinan sobre ella su madre y el párroco. Un estado visionario, que llamaremos de reposo extático sucede al estado de éxtasis violento. Ha concluído la escena que se desarrollaba bajo sus miradas; los personajes, Cristo inclusive, han desaparecido. Pero su imaginación y su sensibilidad se han visto a tal punto excitadas que permanece completamente absorbida en lo que acaba de ver y oír. Continúa viviendo con el Salvador y compadeciendo sus sufrimientos. Reclinada de costado, la cabeza hundida en la almohada emite unos quejidos apenas perceptibles mientras que la sangre sigue manando, aunque más lentamente, de los ojos, de la cabeza y del corazón. Todavía no tiene conciencia de lo que ocurre en la pieza. Tal estado transitorio es corto. Ya no es el éxtasis completo de poco ha, la insensibilidad absoluta, la muerte al mundo exterior; ya Teresa reacciona cuando se la toca y contesta si se le pregunta siempre que sea sobre la visión que acaba de terminar y de la cual ha quedado penetrada.

El párroco la interroga. Ella describe lo que ha visto y repite los diálogos que ha oído. El cuadro ha surgido repentinamente ante sus ojos, como alumbrado por un rayo. Según ella misma lo ha contado durante sus períodos normales, cada episodio la cautiva de manera tan absoluta que no se le pasa por la mente que éste no es sino un acto de una larga tragedia, ya vista en ocasiones anteriores o conocida en síntesis por la historia sagrada. No vé un cuadro sino que vé las cosas. Vé a Nuestro Señor y a las demás personas con tal claridad como se divisa a la gente que transita por las calles. No se le ocurre desear asistir a una escena más bien que a otra. No escoge el objeto de sus visiones ni puede inclinarse a una determinada contemplación como en el caso de una meditación. No asiste al desarrollo de un espectáculo, como sucede con el espectador que mira lo que acontece en la escena, ni mira tampoco las cosas como si ocurrieran frente a ella, a la distancia. No, ella vive cada episodio, como cualquiera de los personajes que actúan, se siente colocada en el medio de los acon-

tecimientos, como si, viviendo en el tiempo del Redentor, hubiera presenciado realmente los hechos e influído en ellos.

Vive ese instante, en cada momento de la Pasión, por primera vez y contempla los sucesos con la falible previsión humana de los que fueron verdaderos protagonistas. Vé acercarse en el Jardín de Getsemaní a un grupo de hombres con antorchas; uno se adelanta y besa a Nuestro Señor. Este gesto de amistad hace aparecer en su rostro extático la única sonrisa del lúgubre vía crucis. "Debe ser un amigo de mi querido Señor" comenta ella al final del episodio; "en cambio un hombre malo, agrega, desenvainó la espada y cortó la oreja de uno de la comitiva". En aquel instante rehabilita a Judas y condena a S. Pedro cuyo triple reniego viene pronto a dejarlo aún más comprometido.

Así en sus ingenuas descripciones hechas durante el descanso extático llama a S. Pedro "el cortador de orejas" o "aquél para quien cantó el gallo". San Juan es "el joven"... Pilato "el que no tiene pelo en la cabeza ni alrededor de la boca"... Caifás "el hombre burlón con la gran barba blanca". El ladrón de la derecha "el buen hombre"... el de la izquierda "el hombre malo". Describe a Jesucristo, más bien alto, ancho de espaldas, de barba clara, y vestido con un traje de color ladrillo que le alcanza hasta los tobillos.

Ella no concibe que Nuestro Señor pueda tener adversarios y va creciendo su desesperación cuando sube la ola de furor popular que lo arrastra ante el tribunal de Pilato. Angustiosa incertidumbre es la que sufre cuando asiste a las vacilaciones del Magistrado. "Va a dejar libre a Nuestro Señor" comenta en ese momento"; se ha convencido de que es inocente".

En una pausa extática, una vez, después de la visión del cortejo de los condenados saliendo de la ciudad santa, interpeló al sabio Wutz, en ese momento próximo a su cama. Sin verlo sentía su presencia y como este sabio conocía el arameo, idioma de los judíos en los tiempos mesiánicos, se figuró que él había asistido a la escena. "Corre donde la Madre del Salvador, le dijo, y anúnciale que le han libertado". Como él le objetara que había oído a la gente concertarse para hacer morir a Jesús, recibió esta respuesta:

“No, dile que yo le hago saber que lo han puesto en libertad”.

Mortal congoja siente, después, al ver que el gobernador romano cede ante las amenazas de la plebe. Si al terminar el cuadro de la primera caída de Jesús, se le dice que va a ser crucificado, todavía no lo puede creer. Solamente al término de la última e impresionante visión está en estado de relatar sus múltiples detalles. Cuando, con grandes golpes de martillo los clavos son enterrados en las manos de N. Señor, el sonido metálico parece penetrarle en los huesos y clavarle el alma. Al mismo tiempo que son traspasados los pies y manos del Redentor siente ella un dolor agudísimo, indescriptible como si fueran horadados sus propios miembros. Pero, por otra parte, no puede parar mientes en sus propias dolencias, tan absorta como está en las del Señor. La tragedia culmina con la patética muerte del Justo y parece entonces, el recaer agotada y sangrante sobre las almohadas, que Teresa también ha muerto.

No nos tocó presenciar ese acto final. Teresa se había incorporado nuevamente viendo ahora ante sus ojos a Cristo acosado de los verdugos. Debía ser, seguramente, mientras le coronaban de espinas, en el pretorio, porque, con gesto de espantoso sufrimiento, llevaba a ratos sus dedos exangües hacia las llagas de la frente, y estiraba hacia nosotros sus brazos, causándonos la impresión de que ahí en ese momento, se desarrollaba la tragedia del Calvario. Aunque nada veíamos, se nos figuraba estar mezclados a los protagonistas y, por obra de un prodigio, a la vez envueltos en la exteriorización de un fenómeno sobrenatural, y por una retrotracción violenta de siglos, asociados tangiblemente a los acontecimientos mismos. Emociones violentas debían ser las que anidaban los pechos de las personas presentes. Quejidos nerviosos, sollozos reprimidos de llanto partían del grupito de personas a quienes el señor Neumann acababa de dar acceso a la pieza.

Cada uno de nosotros se esforzaba por mantenerse sereno ante esas emociones tan vivas.

¿Era acaso un privilegio para Teresa el disfrutar de esas revelaciones que a una joven tranquila y apacible convertían en terrible imagen de la humanidad doliente? ¿No habría sido natural

que ella rogase a Dios la librase de honor tan cruel?

No, pensaba yo, aquí es donde interviene el significado práctico de esta espantosa visión, y su valer de enseñanza. No es premio éste que Dios la envía sino correspondencia al deseo manifestado por su sierva de sufrir mucho, intensamente por El. Teresa ha pedido expiar las faltas de los pescadores, siendo ella atormentada y Dios la oye.

Desde que, al sanarla de la apendicitis una voz misteriosa le dijo: “Mucho vas a tener que sufrir, pero no temas a los padecimientos físicos ni interiores. Sólo así podrás obtener la salvación de las almas”, desde ese día se han acrecentado en ella sus ansias de padecer. A veces es Nuestro Señor quien le pide que tome a su cargo la expiación por tal o cual pecador, pero más comúnmente es ella misma quien se adelanta a ofrecerse en holocausto; y muy rara vez se le nota una ráfaga de disgusto, como queriendo alejar de sus labios el cáliz.

El éxtasis del día viernes es el más penoso, pero su existencia diaria está jalonada de éxtasis expiatorios. Muchas almas, que sus deudos creen ya en el cielo, las vé todavía en el purgatorio y consigue el rescate, tomando sobre sí la pena. Su gran preocupación es que se reza demasiado poco por el descanso de clérigos y religiosos porque según le ha sido revelado, demoran mucho más de lo que se cree en llegar al paraíso. Quien alcanza tal sublimidad de caridad, bien merece que Dios la distinga con estos éxtasis que si son una prueba sobrehumana, son también carisma de inefables consuelos.

La voz misteriosa le había dicho también: “por medio de los padecimientos se salvan muchas más almas que con los sermones más brillantes” y la virtuosa niña, postrada y acribillada de dolores contestó a Jesús “Si con mis pobres dolores te granjease el amor de solo dos alma más, te pediría con ansias que me hicieras padecer cada día, por toda la eternidad, diez veces lo que ahora”.

Tal era la sublime explicación de las escenas que veníamos presenciando. Lección de honda significación y de alta espiritualidad: de una espiritualidad que sólo en el catolicismo aparece revistiendo de una finalidad moral, aparte de toda

consideración de milagro, estos ejemplos singulares de místico arrobamiento.

Yo temía que la prolongada impresión pudiese hacerle daño a mi mujer. Hicimos el ánimo y nos arrancamos al extraordinario espectáculo. Un grupo de caras ávidas de información nos aguardaba tras de la puerta de calle.

En la plaza brotaba alegremente el agua de la pila; un autobús entremedio a otros coches, partía con estrépito, un individuo de uniforme cruzaba la calzada. Es cierto, estábamos viviendo en la Alemania del siglo XX.

* * *

Mi conferencia debió terminar donde concluyeron mis impresiones personales; en la segunda parte. Pero creo que mis oyentes me perdonarán si, para poner en su verdadera luz a la figura de la estigmatizada de Konnersreuth y darle el debido realce, agrego unos cuantos datos.

D. Ricardo Cox Méndez piensa tratar en una próxima conferencia el aspecto palpitante de interés, de Teresa Neumann, frente a la ciencia. No es mi ánimo en absoluto, como ya lo habrá notado este auditorio, hacer la crítica de los hechos portentosos.

Me basta el hecho de haberla visto con mis ojos, en éxtasis. Es suficiente que la Iglesia, reservándose su opinión autorice benévolamente las visitas; me basta por otra parte que, entre muchas otras autoridades del cuerpo médico, el distinguido neurólogo holandés Crobach, además de constatar la efectividad del ayuno de Teresa, haya declarado públicamente en un Congreso, frente a 250 colegas que los hechos escapan a toda explicación natural, para que yo pueda mantenerme autorizado en el terreno de la simple exposición sin pecar de fantástico. Si alguien duda tiene el remedio en la mano: la estigmatizada vive aún y su pueblo es fácilmente accesible.

Aquellos a quienes corresponde darán a su debido tiempo un veredicto autorizado.

La cronología de los hechos salientes en la vida de Teresa son los que siguen:

El 29 de Abril de 1923, día de la Beatificación de Teresita del Niño Jesús, sana repentinamente de la ceguera total de que padecía desde cuatro años atrás.

El 17 de Mayo de 1925, día de la Canonización de la Bienaventurada Teresita, sana de la parálisis. Las heridas desaparecen repentinamente y se secan las llagas purulentas. Puede levantarse y andar después de 6 1/2 años de inmovilidad.

De Octubre de 1925, a Navidad de 1926 sólo toma alimento líquido.

El 10 de Noviembre de 1925 en el preciso momento en que la llevan para operarla de apendicitis, sana completamente. Estando en oración presa de tremendos dolores y de una fiebre abrasadora, siente una voz interior que la ordena levantarse y dirigirse, en acción de gracias, a la iglesia.

Cuaresma de 1926: aparece el primer estigma en el pecho.

Viernes Santo de 1926: recibe los estigmas en las manos y pies, aunque sólo en el dorso. Se inicia el ciclo periódico de los éxtasis de la Pasión.

Desde Navidad de 1926, prescindencia completa de alimentos sólidos o líquidos. En adelante se mantiene exclusivamente con la Sagrada Eucaristía.

Viernes 25 de Marzo de 1927: al término del espantoso éxtasis del Calvario de súbito tiene la visión de la Anunciación a María. Aparecen al mismo tiempo las llagas de la corona de espinas, que sangran los viernes y también en las palmas de manos y pies.

Del 14 al 29 de Julio de 1927; control médico sobre la efectividad del ayuno.

En el verano de 1927 comienzan las visitas públicas a Konnersreuth, que en ciertos viernes alcanzan el número de tres a cuatro mil personas. Desde Noviembre de 1927 se requiere para ello el permiso del Ordinario de Ratisbona.

No es este precisamente un "curriculum vitae" vulgar. Y todavía más: entre estos hechos que sirven de piedras miliare de una existencia, se encajan toda suerte de fenómenos que arrancan con vigor a Teresa Neumann de la mediocridad y proyectan sobre ella luces misteriosas que sacuden terriblemente la altiva impasibilidad de un siglo materialista y dan a las mentes sedientas de algo más hondo, la impresión tangible de un más allá.

No es la menos sorprendente de sus caracte-

rísticas el que Teresa, los viernes, antes de volver a su estado normal, tiene momentos en que se le descorre el velo de las conciencias y muchas veces hasta del porvenir. Habla como en sueño, con los ojos cerrados, como si por sus labios hablase otra voz que la suya.

En tal estado un día contó que los Obispos de Baviera estaban reunidos en Freising y discutían sobre ella y refirió lo que habían acordado. Indicó el momento en que el Cardenal Paulhaber de Munich hablaba de ella al Papa en Roma, y lo que decían. Todo lo cual resultó rigurosamente exacto.

Un día 3 de Mayo, en su descanso extático, dijo al cura Naber: "Sabes (usa siempre la segunda persona en esas circunstancias) sabes que en este instante el S. Padre nos está enviando a tí y a mí su Bendición Apostólica?" El párroco se sintió muy sorprendido porque había tenido especial esmero en no solicitar del Papa una distinción que muy probablemente sería rehusada. Dos semanas después, por conducto de la Nunciatura, llegaba efectivamente un autógrafo. La mirada del cura se fué en el acto a la fecha: decía 3 de Mayo de 1928.

A menudo da consejos saludables a sacerdotes que no se los piden, pero cuyas preocupaciones íntimas ella penetra. Dice a uno "el sufrimiento no os abandonará"; a otro "habéis vivido un tiempo en Brasil y volveréis allá; a un franciscano "no trabajéis tanto de noche porque aunque los médicos os aseguran que estáis bien, vuestro corazón no está sano"; a un clérigo en cambio, "podréis todavía trabajar muchísimo" o bien "permaneced en vuestra parroquia y no aspiréis al profesorado" o también, a algunos de conciencia muy timorata: "no debiérais confesar a las personas escrupulosas".

Un día se le pidió su opinión sobre la parroquia de Konnersreuth. Contestó: "hay progreso, pero acaban de contratar en un café a una empleada cuyos ademanes indecentes son un objeto de escándalo para los muchachos. Es necesario que se vaya a un pueblo más grande, donde no hará tanto mal". "Debe de estar Ud. equivocada" le dijo el párroco, a quien la información tomó de nuevo. Resultó cierto, sin embargo, y está por demás decir que la tal persona tuvo pronto que hacer sus maletas.

En otra oportunidad entró en casa de los Neumann una dama del pretendido "gran mundo" vestida con aquella parsimonia de ropa que es tan frecuente en las mujeres de hoy día. Teresa estaba en uno de sus descansos extáticos; embelesada, por lo tanto, en sus recuerdos de la Pasión, con los ojos cerrados y sin darse cuenta de lo que ocurría en su pieza. Sus labios articularon: "No es así como debe una presentarse ante el Señor": Todos comprendieron a quien iba el reproche.

Muy notable es el caso de un prelado norteamericano Monseñor Schrems, Obispo de Cleveland. Al dirigirse a Konnersreuth no tenía la menor intención de consultar a Teresa, sino únicamente de presenciar sus estados místicos, y lejos estaba de maliciar lo que le iba a suceder. Apenas hubo entrado a la pieza de la estigmatizada dice ésta a su madre: "Se encuentra aquí un señor oriundo de Baviera, que ahora vive del otro lado del Océano donde trabaja con gran celo por la gloria de Dios. Deseo hablarle: que salgan los demás. Todo el mundo obedeció. El Canciller del Obispo, Mons. Mac Fadden hizo ademán de salir. Ella nunca lo había visto; sin embargo lo detuvo: "El puede quedarse, no va a entender nada". En efecto era inglés y no comprendía el alemán. Entonces habló ella al Obispo de su vida íntima, le reveló los secretos más recónditos de su alma, esos que sólo él y Dios conocían, de tal suerte que el prelado se sintió profundamente conmovido, brotándole las lágrimas. Trató también con él los asuntos de su diócesis, como si los conociese a fondo; le reveló respecto a unos clérigos, algunas particularidades que él mismo ignoraba; le nombró en inglés distintas personas y sociedades a quienes dispensaba su confianza y que en realidad trabajaban contra él. Un verdadero exámen de conciencia sobre su conducta privada y su responsabilidad episcopal. Apenas hubo vuelto a América el prelado relató el mismo en una conferencia pública que duró cuatro horas, los detalles de este episodio conmovedor.

No deja de ser peligroso para los incrédulos ir a Konnersreuth porque la humilde aldeana los desenmascara con una clarividencia harto comprometedora. Caso hubo en que refutó sin haberlas oído las objeciones de un escéptico, manifes-

tándole los verdaderos motivos de su incredulidad. Latigazo recibió un clérigo que la oyó: "Eres sacerdote, tú! Aunque apóstata desde hace veinte años, no perderás el sacerdocio, pues eres sacerdote para toda la eternidad".

El autor protestante Sr. Gerlich cuenta la siguiente experiencia personal: en una ocasión en que él se encontraba en la aldea, supo que el párroco Naber estaba empeñado en conseguir que para el día 17 de Mayo quedara instalada en su iglesia una estatua de Santa Teresita, cuya fiesta se celebra en esa fecha. Como había para ello, que eliminar otra estatua de un altar, se requerían ciertas diligencias administrativas nada breves. Gerlich, informado por casualidad, gustoso las habría tomado a su cargo. Mas no se decidía porque siendo protestante juzgaba mas prudente el abstenerse. Resolución que a nadie comunicó. Conversaban de este asunto el cura y Teresa, cuando ésta le dijo: "Esté tranquilo, Nuestro Señor, ha sugerido a Gerlich encargarse de los trámites necesarios. Todo se arreglará pronto". Así fué. El señor Gerlich partió de viaje y tras de numerosas diligencias allanó las dificultades.

En Baviera un instituto de sordomudos, dirigido por religiosas, había emprendido la reconstrucción parcial de sus edificios. La Superiora y el Capellán de la casa opinaban demolerlos y edificar sobre los cimientos. De camino a Konnersreuth el Capellán, había consultado al profesor Wutz, quien llevaba la misma dirección, sobre la oportunidad de someter la cuestión a Teresa. En el momento en que entraban ambos a la pieza de la estigmatizada ésta se encontraba precisamente en el descanso extático. Sin que necesitase mirarlos, de sus labios partió una exclamación: "Aquí vienen justamente! y dirigiéndose al Capellán le dijo: "Ud. quería consultarme sobre sus construcciones? Pues, edificará. Encontrará grandes dificultades. Llegarán hasta prohibírselo. Pero después de la negativa se impondrá la autorización". En efecto, por oposición formal, abandonóse el proyecto, hasta el día en que por una grieta peligrosa aparecida en el muro superior, las mismas autoridades superiores, en un principio opuestas, ordenaron se iniciaran inmediatamente los trabajos, no obstante no ser

propicia la estación. El narrador de este episodio aseguró haber visto ese muro antes y después de la grieta.

Un día Teresa, súbitamente en éxtasis, de regreso de una visita a Bamberg, al pasar velozmente el auto frente a la última casa de un villorrio, cuyo nombre por cierto ignoraba, dijo a su madre, al doctor y al cura, sus compañeros de coche: "Hay aquí un establo donde rezan cuatro niñitos; su madre, sentada cerca de ellos, llora... es gente muy pobre. El padre murió hace pocas semanas; era un empleado de los ferrocarriles". El doctor comprobó poco después la efectividad de todos estos detalles.

Una pregunta deben hacerse seguramente mis oyentes. ¿Es taumaturga la hija del sastre Neumann? La imaginación popular da a esa cualidad una importancia preeminente. La virtud... la santidad... si, son cosas muy hermosas, pero el público las aprecia en cuanto redundan en alivio de la humanidad atribulada. Pues bien, taumaturga, también lo es Teresa y relatan de ella varios casos de curaciones repentinas.

Cito algunos aunque en forma muy somera, para no alargar demasiado.

Carolina Bindl, de 41 años de edad, de Konnersreuth, madre de doce niños, enfermó de hidropesía. Desahuciada por el Dr. Sess, médico del hospital de Ortsberg, la pobre mujer recurrió a los rezos de Teresa y ésta, que la conocía desde antiguo, interesóse mucho por ella. Desde ese mismo día comenzó a bajar el agua y en brevísimo tiempo pudo Carolina volver a sus trabajos.

Igual suerte tuvo un obrero austriaco, Ernesto Zembeck, caído a la cama con un fuerte reumatismo de resultas de un incendio de su fábrica, en 1925. Ante el diagnóstico de no poder abandonar más el lecho envió a su mujer a pedirle a Teresa que rezase una novena por él. Al día siguiente de terminar la novena pudo Zembeck levantarse sin dificultad y muy poco después había recuperado su plena eficiencia para el trabajo.

Una enfermedad mortal era la que aquejaba a un campesino de Checoeslovaquia, Jan Glabazna; sufría de cáncer en la nariz. Sin la menor esperanza en la ciencia médica, se dirigió a la estigmatizada de Konnersreuth pidiéndola que en

sus éxtasis del próximo viernes 23 de Setiembre de 1927, rogáse al Señor por su mejoría. El, por su parte, inició una novena a Santa Teresita del Niño Jesús. El día 23 le vino un dolor tan agudo que creyó llegado el final de sus días, cuando he aquí que a las cuatro de la tarde, cesa súbitamente el dolor, y lleno de felicidad grita Glabazna a su esposa: "Estoy sano; estoy sano!". El Dr. Hynek posee todos los antecedentes de esta mejoría prodigiosa y desafía a sus colegas a darle una explicación natural".

Numerosos son los casos en que Teresa, al rezar por un enfermo, y obtenerle la mejoría, sufre en sí misma como conté antes, y a veces durante largo tiempo, la misma enfermedad del que ha sanado. De este hecho, singular en extremo, existen múltiples comprobaciones.

Una señora P., vienesa, padecía de una afección congénita (euophthalmus congenitis) en el ojo derecho. Al cumplir 16 años de edad la habían operado, pero sin resultado. También fracasó una segunda operación que consistió en inyectarle parafina.

El ojo sufrió en tal forma que hubo que extirpárselo. Se habló del caso en las revistas médicas. Poco después apareció una supuración del hueso frontal, sobre la cuenca del ojo (osteomyelitis chronica) que requería continuas operaciones para conseguir la eliminación del pus que ahí se acumulaba. Entre los 16 y los 46 años de edad tuvo la paciente que someterse a 68 operaciones. Por fin el mal tomó tanto desarrollo que los doctores le comunicaron que se presentaba el dilema de ver su vida seguramente reducida a un término muy breve o de correr el albur de prolongarla o perderla de una vez con una gravísima operación de extirpación de parte del hueso frontal. (Esto significaba dejar al descubierto parte del cerebro). La señora P. por manos de su párroco, que así se lo aconsejó, envió una carta a Teresa, quien se interesó mucho por la pobre enferma y prometió rezar por ella. Cuando el Párroco regresó a Viena recibió la visita de la propia señora completamente sana. Los exámenes efectuados en el Hospital General y el Hospital del Jubileo de Viena constataron que el hueso se había calcificado sin que los médicos pudiesen explicar como hubiese podido la calcificación producirse tan pronto y tan inesperadamente.

Un don muy notable es el que posee Teresa Neumann, de discernir, estando en éxtasis, si una reliquia que le presentan es verdadera o falsa y de relatar la historia de la reliquia misma. Monseñor Molz le presentó una vez una pequeña cruz envuelta en papel. La había llevado la estigmatizada Bárbara Pfister hasta su muerte. Teresa la tomó con vivo empeño y exclamó: "Qué recuerdo tan dulce! Viene de la madera en que apoyaba la espalda el Crucificado, ahí donde tanto le costaba respirar. Ahora pertenece a este señor; antes fué de una niña, que como yo, sufrió mucho, pero se encuentra ya cerca de Dios, después de haber hecho una breve pasada por el purgatorio. Ella tenía a su lado a una amiga que también sufrió enormemente y se fué derecho al cielo. Alusión a Catalina Emmerich. Habiéndosele mostrado una reliquia de la verdadera Cruz, ella certificó que había sido mandada de Roma bajo Pío X "el cual, agregó, por haberlo querido mucho el Salvador, se encuentra ya en el cielo". Como estos hechos podría citar muchos pero el tiempo urge.

Ya va larga la lista de prodigios. No pretendo agotar el tema: pero no quiero, señores, dejar de mencionar uno que da un sello de autenticidad a los demás si falta pudiera hacer.

Las escenas de la Pasión que Teresa contempla en sus éxtasis no las vé mudas; sino que habladas. Los personajes conversan como lo hicieron en realidad. Ella no entiende lo que dicen, pero puede, al volver en sí, repetir maquinalmente muchas de sus palabras. Como no hubiese en Konnersreuth quien pudiera descifrarlas, se pidió la intervención de sabios lingüistas de las universidades alemanas, y se pudo constatar, que esas frases eran en arameo, forma popular del hebraico que hablaba el Redentor y sus compañeros. Aún más, el profesor Wutz, catedrático de lenguas orientales en Eichstädt, ha podido reconocer entre el lenguaje de S. Pedro y el de los fariseos, la diferencia que medía entre el dialecto galileo y el lenguaje más puro de la sinagoga. Supongo que cuantos me oyen estarán informados que la cultura de Teresa es tan deficiente que no ha aprendido bien ni siquiera el alemán—ella usa el habla regional de la Baja Baviera—de modo que no hay peligro que posea nociones de filología oriental.

El profesor Wutz, ha tratado en muchas ocasiones de ponerla a prueba. Como ella narrase, en una ocasión que había tenido la visión del Nacimiento del Señor, que los ángeles entonaban un cántico cuyo significado no entendía, el sabio citó en varios idiomas antiguos la frase "Gloria in excelsis Deo". Apenas la dijo en arameo, interrumpió Teresa: Eso era lo que cantaban, pero agregaban otras frases más".

He mencionado una visión de la Natividad. En efecto las visiones de Teresa no se limitan a la Pasión. Estas son en día Viernes y están acompañadas de derramamiento de sangre. Las otras no se acompañan de ningún síntoma penoso y pueden sobrevenir en cualquier momento. Así nos ha suministrado numerosos detalles que no figuran en el Evangelio sobre distintos episodios de la vida de Jesús. Entre muchos otros, ha precisado Teresa que fueron setenta los inocentes masacrados por Herodes, que Pilato murió en el sur de la Galia extrangulado por orden del Emperador y no está en infierno porque le salvó su intención benévola para el Redentor; que Judas no fué ordenado sacerdote en la última cena y abandonó el Cenáculo antes de comulgar, etc.

Teresa proporciona informaciones interesantes respecto a la Santísima Virgen, durante la Crucifixión, el descendimiento de la Cruz, la aparición del Señor a su madre después de resucitado, y no pocos hechos no mencionados por el Nuevo Testamento.

Las visiones abarcan los Evangelios y los Actos de los Apóstoles. Son un comentario único en su género, y de palpitante interés, hecho por una persona que no tiene nociones de nada y mucho menos de ciencia de las Escrituras.

Citaré por último un prodigio y no el menor, constatado una y otra vez por diferentes personas a quienes el señor Naber ha permitido estar cerca de Teresa, en la Iglesia, durante la Misa. He aquí como lo relata el señor Gerlich, escritor protestante: "Teresa ocupó su lugar habitual detrás del altar y me puse cerca de su silla. Tuve por lo tanto, el insigne privilegio de observar con mis ojos el nuevo fenómeno que caracteriza sus comuniones cada vez que Cristo le revela su presencia. En el momento en que divisó al Cura en la esquina del altar, Teresa entró en éxtasis a la vista de la Hostia y se echó hacia adelante.

Habría caído a no haberla sujetado los brazos del sillón. La cara resplandecía, sus ojos brillaban, todo su cuerpo se elevaba. El cura me hizo seña de hincarme frente a ella a fin de poder controlar los hechos con exactitud. Se acercó, Teresa abrió la boca y avanzó la lengua. En cuanto hubo depositado en ella la Hostia entera, el sacerdote retrocedió. Teresa recogió un poco la lengua pero dejando siempre que alcanzase hasta el labio y cubriese la mandíbula inferior. Ahí estaba la Hostia bien visible. De súbito, había desaparecido; sin embargo, la boca permanecía abierta y yo no había notado el menor movimiento de deglución. Escudriñé toda la cavidad bucal de la que no había apartado la vista. Nada! Es de observar que la Iglesia en ese punto, está muy bien iluminada. ¡Teresa se había ahorrado el penoso esfuerzo de tragar!

En fin, señores, mucho más todavía, podría relataros sobre esta niña singular que me tocó visitar en la risueña aldea de los montes de Bohemia. Pero la hora no me lo permite. Lamento no poseer el talento de evocación para suscitar en vuestros corazones la misma grande, indeleble impresión que experimentamos durante esas horas transcurridas cerca de la criatura buena, sencilla, y humilde, en quien la Providencia se ha dignado juntar los prodigios que otrora rodearon a un S. Francisco de Asis, Santa Catalina de Génova, o una Santa Lidwina y que muchos, seguramente, han creído fruto de las fantasías de la Edad Media.

No daré término a esta conferencia sin repetir que he dejado a un lado la crítica científica ni he abordado tampoco el examen religioso de la cuestión. Me he limitado a exponer los hechos presenciados por mí o afirmados por testigos fidedignos. Dejo a los sabios las discusiones científicas o teológicas. En cuanto a mí, sólo por haber visto la piadosa romería de hombres y mujeres, viejos y jóvenes, pobres y ricos que acuden ávidos en busca de manifestaciones sobrenaturales, siento en mi alma una profunda satisfacción. Es indudable que en todo ser humano existe un principio inmortal cuando la más turbulenta de las situaciones políticas y la más materialista y soberbia de las civilizaciones no han sido capaces de matar en el hombre sus ansias de palpar el poder divino.

ARQUEOLOGIA

Descubrimiento en Efeso de las tumbas de San Juan Evangelista y los Siete Durmientes

Una misión austriaca lleva actualmente a efecto una intensa campaña arqueológica en Efeso y sus alrededores, especialmente en lo que se refiere a monumentos cristianos. Llegó a realizar felices descubrimientos, de los cuales el más sensacional fué el de la tumba de San Juan Evangelista, encontrada bajo las ruinas de una antigua iglesia.

Es sabido que San Juan Evangelista, el discípulo predilecto de nuestro Señor, murió, más que centenario, en Efeso, a donde se había retirado con la Santísima Virgen, y donde había fundado una importantísima comunidad cristiana.

M. Miltner, el jefe de la misión arqueológica austriaca, cuenta así ese descubrimiento de la tumba:

“Nosotros habíamos encontrado una iglesia bastante bien conservada, y quedamos encantados de la multitud de mosaicos bizantinos, de excelente ejecución que habíamos sacado a la luz. Nuestra atención se concentró en un sol de loza. Al quererlo examinar más de cerca, nos encontramos con una cruz de piedra, que parecía móvil, es decir que podía ser levantada. Al intentar quitarla, se escapó por debajo una nube de polvo blanco. Prosiguiendo nuestra tarea, nos encontramos con una tumba de piedra, cuya inscripción dejó constancia de que pertenecía a San Juan”.

“El sepulcro estaba lleno de polvo blanco. En un extremo de la cubierta había tres agujeros, por donde al parecer, escapaba el polvo”.

M. Miltner evoca una antigua leyenda, según la cual después de su entierro, el cuerpo del Evangelista se habría transformado en un finísimo polvo. Un día, unos cristianos que habían venido en peregrinación a la tumba, notaron que del fondo salió una pequeña nube de polvo, enteramente alba; y este polvo hizo inmunes contra

toda clase de enfermedades a todas aquellas personas sobre las cuales cayó, hasta contra la peste que entonces diezaba a la población de Efeso y de sus alrededores. La noticia de este milagro se propagó por todo el mundo y de todas partes afluyeron los peregrinos, para participar del poder milagroso del polvo. Las multitudes llegaron a ser tan numerosas que era preciso de cerrar la iglesia durante cuatro días por semana.

Más tarde Efeso fué destruído y desapareció por completo. Varios siglos más tarde, un miserable villorrio turco se elevó en su lugar.

Incrédulo y positivista, M. Miltner parece no creer en milagros. No obstante, tanto él como también sus colaboradores vieron a igual de los antiguos cristianos, salir de la tumba el polvo blanco en una nube trasparente y luminosa.

“Sin duda hay aquí una corriente de aire, que lleva el polvo a través de los agujeros de la loza sepulcral” explica el Dr. Miltner, pero hasta la fecha él no ha podido descubrir en el fondo de la tumba de donde viene esa “corriente de aire”.

No lejos de la tumba de San Juan, los arqueólogos han descubierto otro lugar célebre: la gruta de los siete durmientes.

Si hay una historia de la “Leyenda Dorada” que ha hecho reír a la ciencia, es seguramente ésta.

Bajo el gobierno de Decio, allá por el año 240 de nuestra era, siete jóvenes cristianos de Efeso, condenados a muerte, se refugiaron en una gruta. Sus perseguidores descubrieron el refugio y taparon su entrada con piedras, a fin de hacerlos morir de hambre. Los siete jóvenes se encomendaron a Dios y se acostaron a dormir. Dos siglos más tarde, la gruta fué abierta por casualidad. Los siete Durmientes despertaron, creyeron de no haber dormido sino durante una sola noche. Uno de ellos se fué a la ciudad, donde en-

tonces reinó el Cristianismo, y por él se divulgó la historia de los siete hermanos.

El obispo, el gobernador y personas preeminentes siguieron al joven a la gruta, donde se encontraron los otros seis. "Sus semblantes eran frescos como rosas y un fulgor de luz sagrada les coronó" dice la leyenda. Después de haber confirmado el milagro, ellos volvieron a dormir, esta vez el sueño eterno.

¡Un cuento!, dijeron los historiadores; estos Siete Durmientes no han existido jamás! Pero, he aquí, su tumba, descubierta por el Dr. Milner.

Y cosa curiosa: el sepulcro lleva grabado el año 455 después de Cristo, es decir un poco más tarde que el año en que los jóvenes despertaron. Alrededor de la gruta se encontraban numerosas tumbas, pertenecientes seguramente a personas piadosas que habían recomendado a sus deudos enterrarlos cerca de este lugar.

DE RUSIA

Nueva lucha contra la Religión y la Iglesia Católica

Actividades de la Liga de los Ateos; propaganda anti-religiosa "por todos los medios"

Moscú, (fines de Julio de 1932):

Las últimas campañas en las épocas de Navidad y Pascua de Resurrección ya habían demostrado que en Rusia ha vuelto a recrudecer la lucha antirreligiosa.

La propaganda antirreligiosa había quedado durante algún tiempo relegado a segundo término, pues parece que el Gobierno no quiso agravar la situación ya complicada por los graves problemas contra la Iglesia. Pero ahora se ha dejado a un lado estas consideraciones. La prensa rusa se ha mostrado muy descontenta con la situación actual de la propaganda antirreligiosa.

"El Trud", órgano central de los sindicatos soviéticos, se alarmó, pues había podido constatar

OTRO HALLAZGO

Actualmente se encuentra en la Mesopotamia el profesor D. E. A. Speiser, haciendo excavaciones. La expedición, la cual preside este sabio, está patrocinada y financiada por el Museo de la Universidad de Pennsylvania y por la Escuela Americana de Estudios Orientales.

Ha tenido un éxito halagador, pues ya consiguió a desenterrar unos 2,000 objetos de mucha antigüedad. El más interesante, sin duda, es una placa de greda en la cual se ve figurada una pareja humana, hombre y mujer, ambos desnudos, con las cabezas inclinadas, aterrizados y en actitud de huir; detrás de ellos aparece una serpiente erguida, amenazante. Se le atribuye a esta valiosa reliquia, encontrada en Tepe Gawra, una edad de más o menos 6,000 años (4000 años antes de nuestro Señor Jesucristo). Sin duda alguna representa a nuestros primeros padres Adán y Eva, lanzados del Paraíso después del primer pecado y significa una confirmación del relato bíblico, siendo al mismo tiempo la más antigua representación gráfica de aquel hecho.

que muchos de los nuevos operarios de las industrias del Soviet, vinieron en su mayoría del campo, aún infiltrados de prejuicios religiosos. El porcentaje de los "Ateos", es decir de los socios de la Liga Atea, es por consiguiente, hasta en las más grandes empresas, muy bajo. Así por ejemplo, son de los 6000 operarios de la Fábrica de Tejidos Trechgornoja Manufactura, sólo 400 socios de la Liga. Según la misma prensa funcionan también las células en las diferentes industrias muy poco satisfactoriamente. Los funcionarios encargados de la propaganda antirreligiosa, muestran muy poco celo y sólo con ocasión de las grandes fiestas cristianas se aviva un poco la campaña. La consecuencia del descontento de la prensa era, que la Liga Atea recibió un voto de

censura de parte del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Lo mismo pasó al órgano de la Liga "El Ateo", junto con la orden, de activar sus trabajos de acuerdo con las nuevas orientaciones.

Nuevamente, como al principio de movimiento, la prensa soviética hace resaltar la importancia de la propaganda antirreligiosa como uno de los elementos más importantes para la formación (corrupción!) del individuo. La Liga Atea ya ha enderezado rumbos; en las plazas y calles de Moscou aparecen nuevamente sus conferencistas y pronto se esperan movilizar varios miles de exposiciones ambulantes antirreligiosas, especialmente para jiras por las aldeas y pueblos chicos. Rápidamente progresa la transformación de las grandes iglesias de Rusia en Museos antirreligiosos. La venerable Catedral de San Isaac en Leningrado

y también la de Kasan corrieron ya esta desgraciada suerte. En Leningrado se proyecta igualmente la fundación de un museo de la historia de la religión y del ateísmo. Visitas colectivas de obreros y niños de escuelas a estos museos se realizarán con mayor frecuencia.

El partido comunista y la liga de la juventud comunista han recibido instrucciones en el sentido de activar por todos los medios posibles la propaganda antirreligiosa y como especialmente en estas dos instituciones el porcentaje de los ateos deja mucho que desear, deben modificar enteramente sus procedimientos.

Aún no se puede prever cómo se exteriorizará la nueva lucha contra la religión en Rusia, pero indudablemente será llevada a cabo sin contemplaciones.

NOTICIARIO MUNDIAL

DE POLO A POLO

Noticias Religiosas

ROMA.—Su Santidad el Papa Pío XI recibió en audiencia el miércoles 20 de Enero al Príncipe Heredero de Etiopía, quien iba acompañado de su hermana y del marido de ella, de su primo y la esposa de éste; y de muchos distinguidos personajes del séquito real, incluso el Ministro de Comercio de Etiopía. El Príncipe Heredero presentó al Santo Padre una carta del Emperador, escrita en un pergamino, y ricamente ilustrada en el estilo etíope. Su Santidad examinó el documento con mucho agrado, y dijo que todo el mundo podía ver que la Etiopía era cara a su corazón, porque el único colegio situado dentro de los límites de la Ciudad del Vaticano, era el Colegio Etíope. "Si visitara el Colegio Etíope, añadió el Papa, el Príncipe Heredero vería cómo los jóvenes etíopes nutren sentimientos de amor y devoción para con su Emperador y la familia real, profundos afectos para con su país, tan querido de ellos, y como siempre están orando por su prosperidad". Su Santidad recordó una visita que le había hecho el actual Emperador de Etiopía cuando era Príncipe Herede-

ro y Regente y los conceptos altamente benévolos que le había expresado concernientes a los católicos etíopes. El Santo Padre concluyó asegurando al Príncipe Heredero que junto con los etíopes residentes en la Ciudad del Vaticano y con todos los católicos de la Etiopía, él está orando constantemente por el bienestar y la prosperidad del Emperador y de la familia real y por el pueblo de ese país. Después del discurso público, el Papa invitó a los príncipes y a las princesas a una conversación privada.

LONDRES.—Los honorables A. Cipriani, Miguel Hamel Smith y Gastón Johnston, en representación de los católicos de Trinidad, han llegado a Londres para comunicar al Gobierno británico, la enérgica desaprobación de los católicos de Trinidad de la ley del divorcio, recientemente aprobada por la legislatura de ese país. Informaciones de Port-of-Sain hacen saber que su partida fué señalada por un servicio en la Ca-

tedral, en el cual los delegados, de rodillas, recibieron del Revdm. John P. Dowling, O. P., Arzobispo de Port-of-Spain, la comisión de ir como cruzados a librar la batalla por la inviolabilidad del lazo conyugal. Entrevistado en Londres, el señor Cipriani dijo que Trinidad es una de las más jurídicas partes del Imperio Británico, pero que imponer la ley del divorcio al pueblo, sería fortificar el movimiento de independencia.

Las estadísticas recientes, muestran un rápido progreso de la Iglesia en Escocia. La población católica del país pasa de 607 mil. Esta cifra es superior a la anterior en 7 mil. Los sacerdotes durante el año han aumentado de 662 a 695; y las iglesias, capillas y estaciones misioneras son ahora 487 contra 455 del último año. Ha habido 17,366 bautismos, o sea un aumento de 4 mil 644 sobre la cifra precedente, y los matrimonios católicos subieron de 2,703 a 4,572. Las confirmaciones aumentaron de 1,764 a 13,695.

NUEVA YORK.—La suma de dinero distribuido por el Consejo Superior de la Sociedad de San Vicente de Paul de los Estados Unidos durante el año que terminó el 30 de Setiembre de 1931, es de £ 832.822. El número de familias asistidas es de 82,037 que representan 380 mil 236 personas. Se les dió situación a 9,552 personas; 3,709 volvieron al cumplimiento de sus deberes religiosos y se distribuyeron entre los pobres, los enfermos de los hospitales y los huéspedes de las cárceles 2.121.195 libros religiosos, artículos y diarios.

COLONIA.—(Alemania).—La ciudad de Gelsenkirchen en Westfalia, ha presenciado una espléndida manifestación de acción católica. El orador principal fué el Dr. Klausener de Berlín, quien disertó sobre "*El católico en al presente crisis*". El hombre espiritual y religioso de nuestro tiempo, dijo, se plantea asimismo esta cuestión, "¿dónde está Dios en esta batalla?" Para muchos hombres, en lugar de Dios sólo existe Mammon, el capitalismo y la apoteosis de los Truts. Los libre pensadores y ateos están ha-

ciendo propaganda y progreso. El bolchevismo amenaza destruirlo todo. En presencia de este movimiento que amenaza más que a nadie a la Iglesia católica, el católico opone su optimismo victorioso. No hay concesión. El tiene armas invencibles en su religión, que deben ser para él no solamente una preocupación del día Domingo, sino profesada permanentemente en su familia, en sus actividades profesionales y en la política. El cristianismo no ha fallado en la vida económica, son los hombres los que han fallado por su falta de cristianismo. Como católicos no estamos fuera ni lejos de la cultura y de la civilización. Necesitamos progreso, pero por encima de todo está la cúpula de nuestra Iglesia coronada por la Cruz. Nosotros oponemos la Cruz al bolchevismo, y con este signo y esta bandera, junto con nuestros hermanos protestantes, combatiremos el bolchevismo.

HANGCHOW (China).—La que es tal vez la más antigua iglesia católica en la China, construída por los Padres Jesuítas cuando las primeras comunidades cristianas estaban fundándose en la provincia de Chekiang, y confiscada más tarde durante una persecución y convertida en pagoda, ha sido restaurada, y una vez más consagrada al culto católico. La iglesia fué construída en 1660, y acomodada para 120 personas. En 19730 la comunidad cristiana pereció en una violenta persecución, y por orden del Emperador Yong Cheng la iglesia fué convertida en pagoda. En 1861 fué devuelta a los misioneros, pero después de pocos meses fué capturada de nuevo por los rebeldes "Taiping". Los misioneros han tomado posesión de ella una vez más, la han ensanchado y renovado y recientemente le han hecho un nuevo frontis.

Un ex-Primer Ministro de la China, S. E. René Lou Tseng Tsiang, actualmente don Petrus Celestinus Lou, O. S. B., es uno de los cinco monjes que acaban de hacer su solemne profesión en la Abadía Benedictina de San Andrés en Lophemby-Brugge. Durante el reinado del último emperador chino, Lou Tsen Tsiang era el embajador de ese país en La Haya y en San Petersburgo. En la ciudad rusa se casó con la

señorita Berta Bovy, miembro de una prominentes familia belga, y fué ganado por su esposa a la fé católica. Ella murió en 1926 mientras él era plenipotenciario en Berna, Suiza, y él entró en seguida a la Orden Benedictina.

PARIS.—El programa para la XXIV semana social que tuvo lugar en Lille desde el 25 hasta el 31 de Julio, tiene como tema general el siguiente: "El desórden de la economía internacional y el pensamiento cristiano". Los tópicos que se discutieron incluyeron las siguientes materias: La Concepción Cristiana del Orden Económico Internacional; Crisis Pasadas y Presentes; El Presente Estado de Antagonismos Internacionales Económicos y Bosquejo de una Cooperación; La Debilidad del Capitalismo ante la Crisis de la Economía Internacional; La Supremacía de la Justicia y de la Caridad en el Campo de las Relaciones Internacionales; El Bienestar Común Internacional y las Enseñanzas de la Santa Sede; La Base Espiritual de la Confianza, Alma del Crédito; La Distribución Internacional del Capital; El Oro y la Estabilización Monetaria; la Crisis en las Industrias Textiles; El Incremento del Poder Comprador Internacional. Desde su iniciación es dudoso que haya habido jamás una semana social de tanto significado como ésta. Un mundo en bancarrota se vuelve hacia la Iglesia como un guía, y la semana social es la reunión sobresaliente de los católicos franceses para considerar las enseñanzas sociales de la Iglesia.

FRANCIA.—Un notable homenaje fué tributado a los misioneros católicos en nombre de la República por Mr. Pablo Reynauld, Comisario del Pabellón de las Misiones en la Exposición Colonial que tuvo lugar hace poco en el Parque de Vincennes, París. El Ministro declaró que el Apostolado de las misiones ha sido, a través de los siglos, una cruzada en defensa de la libertad y de la dignidad de los nativos para la elevación de sus almas. Mostró cómo el misionero es a un tiempo diplomático, educador, médi-

co, explorador; y alabó la gran misión de las congregaciones, trayendo a la memoria figuras tan nobles como la de Lavigerie y Foucauld. El Almirante Lecaze, ex-Ministro de Marina y el Mariscal Lyautey, expresaron respectivamente la admiración de los marinos y soldados de las colonias francesas por los bravos misioneros, quienes han sido siempre los primeros en llegar a los países no civilizados, sin otra protección que la de sus buenas obras y sin otro apoyo que su deseo de predicar la verdad.

AUSTRALIA.— Sorprendente información sobre la influencia espiritual de la Iglesia de San Francisco, que desde hace 20 meses está a cargo de los Padres Sacramentinos, es la que acaba de dar la prensa secular en Melbourne. El Santísimo Sacramento está expuesto perpetuamente en la iglesia, con un sacerdote siempre arrodillado en su presencia; y millares de seglares se han enrolado en una guardia de honor, cuyos miembros se turnan cada hora ante el altar. Un diario de la tarde, "El Herald" publica un artículo especialmente redactado por el clérigo metodista Rev. Irving Benson, titulado: "El escándalo de la puerta cerrada". El artículo principia así: "Un dirigente Metodista seglar confesó el otro día que él con frecuencia se desliza a la Iglesia de San Francisco en busca de unos pocos minutos de devoción; porque, explicó, nuestras propias iglesias están cerradas. Es una impresionante escena de cada día ver una no interrumpida corriente de gente, jóvenes y viejos, saliendo y entrando a esa histórica Iglesia. ¿Por qué nuestras iglesias permanecen cerradas durante todo la semana?"

CANADA.—El obispo monseñor Turquetil y cuatro enfermeras de la Hermandad de las Monjas Grises, de Quebec, están en camino a Chesterfield Inlet (500 millas al norte de la bahía de Hudson), en donde se va a abrir el hospital más septentrional del Continente Americano. Ellos seguirán su ruta en una lancha automóvil de 25 pies de largo, costeano la abrupta ribera occidental de la bahía de Hudson, sembrada de escollos. Con la apertura del hospital Mons. Turquetil, verá realizado un sueño de 20

años. Este hospital, que será el más próximo del Polo Norte, servirá a los esquimales nómades y a los viajeros y navegantes de la franja septentrional de la civilización.

IRLANDA DEL NORTE.—En el mítin de clausura de la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana, se hizo indicación para celebrar el 15.º centenario de la llegada a Irlanda de San Patricio. El Rev. Principal Paul, dijo: “Mostremos nuestro aprecio por el buen trabajo realizado por San Patricio, celebrando su centenario en 1932, puesto que las otras dos iglesias (la católica y la anglicana) lo están haciendo La Iglesia Católica Romana,, añadió, está trayendo más de un medio millón de visitantes a Dublín para el Congreso Eucarístico. Haríamos muy bien los presbiterianos en observar cómo los católicos romanos organizan movimientos como éste”. La proposición fué apoyada por el Dr. Little, quien sostuvo que el presbiterianismo era la iglesia “más cercana a la iglesia originalmente fundada por San Patricio en Irlanda”. (Sabido es que la Iglesia fundada por San Patricio es la Católica Romana).

INGLATERRA.—La recepción en la Iglesia de Lord Clondnore, de 29 años de edad, eclesiástico anglicano, añade uno más a la lista de pares de Inglaterra que en los últimos años se han hecho católicos. Lord Tiverton que es el heredero del Conde de Halsbury, y Lord Dangan, heredero del Conde de Cowley, son católicos. El Conde de Idlesleygh fué recibido en la Iglesia hace cuatro años, y Lord Amherst lo fué durante la guerra mundial. El joven Conde de Oxford y Asquith, que es un católico, sucedió a su abuelo, quien fué Primer Ministro durante la primera parte de la guerra mundial. Otro en la lista es el Conde de Eldon, hijo de la Vizcondesa Encombe.

Haciendo uso de la palabra en el jubileo de plata de la Federación Católica de Westminster, el celeberrimo escritor Mr. J. K. Chesterton, dijo: “Si Uds. pudieran ver el frente de ba-

talla católico como un hombre puede ver a Londres desde lo alto de la torre de la Catedral de Westminster, una cosa vería muy claramente: que el enemigo está flanqueado”. “El enemigo, añadió, está en una posición imposible”. “La Iglesia Católica es como un jugador de ajedrez que gana siempre la partida definitiva. Hay batallas sobre toda clase de tópicos, y si Uds. pudieran verlas todas a la vez, verían que el enemigo está amenazado de extinción”.

(Mr. Chesterton hablaba a católicos ingleses, y en esta ocasión y en sus labios por el enemigo debe entenderse el protestantismo británico en todas sus denominaciones).

INGLATERRA.—Una minuciosa investigación sobre Liverpool religiosa prueba que “la Iglesia Católica ha tenido mayor éxito que todas las iglesias protestantes de la ciudad en mantener su influencia de una manera uniforme en todas las clases y edades, y en ambos sexos”.

El estudio fué practicado por un no católico con la colaboración de un gran número de iglesias, y sus resultados han sido publicados in extenso en el “Liverpool Post”.

Los edificios católicos son los únicos que han experimentado un aumento apreciable: en 1912 eran cuarenta; en 1931 son cincuenta.

Se ha encontrado que en las iglesias anglicanas había, entre los que las frecuentan, 163 mujeres por 100 hombres. En las Iglesias libres protestantes la proporción es de 148 mujeres por 100 hombres; mientras que en la Iglesia católica esta proporción es de 110 mujeres por 100 hombres.

Para apreciar en lo que vale este dato estadístico, conviene recordar que tomando en cuenta la población en general, el censo último arroja una proporción de 111 mujeres por cada 100 hombres. Lo que equivale a decir que en Liverpool el número de mujeres que frecuentan las iglesias católicas es prácticamente igual al de hombres.

El estudio demuestra también que en las iglesias anglicanas y en las iglesias libres los trabajadores manuales practicantes son considerablemente inferiores en número al resto de las clases sociales; mientras que en la Iglesia católica la clase trabajadora está más numerosamente repre-

sentada que las demás.

Los empleados de tranvías y de autobuses, de Birmingham, siguiendo el ejemplo de los trabajadores de muchas diversas actividades a través de todo el país, han formado una Liga Católica; y la han colocado bajo el patronato de Nuestra Señora de Wayside y de San Cristóbal. El Revdmo. Tomás Williams, Arzobispo de Birmingham, se ha interesado mucho por la nueva Liga, y le ha nombrado un Capellán.

Con ocasión de la nueva Liga Católica de Birmingham, se da la noticia de que los empleados católicos de correos y telégrafos, y los farmacéuticos de Londres han echado las bases de dos nuevas ligas Católicas inglesas.

GINEBRA.—La señora F. Steenberghe-Engeringh, Presidenta de la Unión Internacional de Ligas Católicas de Mujeres, goza del honor de haber sido la primera persona que ha pronunciado el nombre de Dios en la Conferencia Internacional del Desarme. Desde que ella lo hizo, a lo menos otros tres Delegados, incluso el Canciller Bruening, también un católico, han nombrado a Dios en la Asamblea.

La señora Steenberghe-Engeringh, que presentó a la Conferencia acuerdos suscritos por 25 millones de mujeres católicas que piden una apreciable reducción de los armamentos, terminó su breve discurso ante la Asamblea con estas palabras:

“Convencidas de que “a menos que Dios edifique la ciudad, lo que la edifican trabajan en vano”, nosotras confiamos, señoras y caballeros, en que Dios ha de estar con vosotros”.

Una Semana Católica Internacional tuvo lugar aquí por tercera vez bajo los auspicios de la Unión Católica de Estudios Internacionales, en el curso de la sesión de la Liga de las Naciones. En una serie de seis conferencias, encomendadas a oradores de diversos países, algunas de las más importantes actividades de la Liga de las Naciones fueron consideradas a la luz del pensamiento cristiano. Más de 500 personas, representantes de la *élite* intelectual de muchas naciones, oyeron con la mayor atención los siguientes discursos:

Del profesor Georges Renard, de la Facultad de Derecho de Nancy, sobre los fundamentos filosóficos del Derecho Internacional; del señor Halecki, Deán de la Facultad de Letras de Varsovia, sobre el papel de la Iglesia en la pacificación de las naciones; del P. Delos, profesor de la Facultad Católica de Lille, sobre el problema de las minorías nacionales; del profesor Gonzaga de Reynold, de la Universidad de Berna, sobre cooperación intelectual; del P. von Neil-Bruening, profesor del Instituto de San Jorge en Francfort, sobre los problemas económicos planteados ante la Liga de las Naciones; de Monseñor Beaupin, Presidente de la Comisión Jurídica de la Unión Católica de Estudios Internacionales, sobre la Liga de las Naciones y los problemas misioneros.

Las conferencias fueron presididas, por turnos, por el profesor de Reynold, por el senador Cavazzoni de Italia, por el señor Carton de Wiart, Ministro de Estado belga; por el Presidente Mackenzie del Círculo Católico de Ginebra; y por el Revdmo. señor Mario Besson, Obispo de Lausanne, Ginebra y Friburgo. Las conclusiones a que se llegó durante la semana de estudios fueron leídas en la sesión de clausura. La conclusión general es la siguiente: “Nuestra investigación nos ha permitido llegar a la conclusión de que la Liga de las Naciones, a pesar de sus vacilaciones y demoras, se está encaminando, poco a poco, en medio de las dificultades y estorbo de la vida política, hacia la adopción de un derecho internacional positivo que se conforma en sus tendencias con las exigencias del pensamiento cristiano y de nuestra filosofía tradicional”.

ASUNCION (Paraguay). — El Gobierno del Paraguay acaba de poner en circulación una estampilla especial de correos en honor del Reverendísimo Sinforiano Bogarin, Arzobispo de Asunción, y el primer Arzobispo de Paraguay. La estampilla, que tiene forma romboídea, lleva dos retratos del prelado.

El Arzobispo Bogarín nació el 21 de agosto de 1863, y fué elevado al episcopado el 21 de Setiembre de 1894. Fué nombrado Arzobispo

de Asunción el 1.º de marzo de 1929. El prelado acaba de lanzar una importante Pastoral en la cual reclama la inclusión de la instrucción religiosa en los programas de los colegios y escuelas públicas de la nación, y pide a los padres de familia católicos que hagan enviar sus hijos a las escuelas catequísticas.

LEOPOLVILLE (Congo Belga). — 816 mil 377 católicos, con 603,968 catecúmenos son las imponentes cifras que representan la situación de la Iglesia en el Congo Belga. El personal de misioneros extranjeros cuenta con 671 sacerdotes, 687 Hermanas, y 341 Hermanos. Aparte de éstos, hay 26 sacerdotes, 44 Hermanas y 14 Hermanos indígenas. Hay también 14 mil 429 catequistas y 4,729 maestros indígenas.

Se ha prestado especial atención a la labor educacional en las misiones del Congo, particularmente a las Escuelas Normales. Hay 4,169 escuelas elementales con una asistencia de 260 mil 103 alumnos; 215 escuelas normales y profesionales con 29,387 alumnos. Hay también 11 seminarios menores con 673 estudiantes y 4 seminarios regionales mayores con 95 seminaristas. Las siguientes cifras, correspondientes a 1931, dan una idea del progreso espiritual del Congo: bautizos de adultos, 59,513; bautizos de niños, 42,730; bautizos en artículo de muerte, 41,431, matrimonios, 17,026; comuniones, 11,372. 347.

PARIS.—Una significativa secuela al Congreso anual de las Vocaciones sacerdotales, celebrado últimamente en Paray-le-Monial, se ha visto en la conmemoración que tuvo lugar en San Saturnino en Rouergue, una aldea que sólo tiene 685 habitantes, en la provincia de Aveyron. La aldea tiene una asociación eclesiástica que en los últimos 60 años, ha dado cuarenta y cinco sacerdotes a la Iglesia. El Obispo de Verdún, Monseñor Cinisty, que estaba presente, es uno de ellos.

La pequeña Iglesia de San Saturnino en Rouergue, tuvo hace algunos siglos como Rector a Pierre-Roger de Beaufort, que llegó a ser el Papa Gregorio XI.

Su Eminencia el Cardenal Bourne, Arzobispo de Westminster y Primado de Inglaterra, y Su Eminencia el Cardenal Verdier, Arzobispo de París, presidieron juntos la ceremonia de la consagración de la capilla del Marne que se acaba de erigir en Dormans. La capilla que mira al valle del Marne ha sido construída en acción de gracias por las dos victorias del Marne en Setiembre de 1914 y en julio de 1918. Es de estilo del siglo XIII. La cripta, consagrada a Nuestra Señora de los Siete Dolores, está especialmente dedicada a la memoria de los muertos de los Ejércitos Aliados. Cerca de veinte Arzobispos, Obispos y Prelados esperaban a los dos Cardenales. Numerosos leaders militares estaban presentes, como también miembros del Parlamento. Después de cantar el Te Deum, el Cardenal Bourne pronunció un emocionante discurso en el cual exhortó a los oyentes a rogar a Dios por los pueblos de la tierra que están viviendo ahora en suspenso: "Los peligros del presente, dijo, son tal vez más serios, más amenazantes y más inminentes que los de la guerra. Las amenazas que nos vienen de Rusia, y del Oriente, constituyen un grave peligro para la civilización cristiana de Europa. Esta civilización solamente será salvada si Inglaterra y Francia permanecen en estrecho acuerdo para preservarla".

CHICAGO.—En un reciente discurso, Mr. Charles Windle, editor no católico del diario "The Columbian", se refirió a la Iglesia católica como "el más sólido baluarte de defensa contra la cruzada ateísta del comunismo".

"Los comunistas, dijo, atacan a la Iglesia Católica por las mismas razones por las cuales yo la defiendo. Ellos ven en la Iglesia el más grande obstáculo para su éxito. Ellos saben que si la Iglesia católica llegara a ser destruída, no quedaría en las sectas del protestantismo, rivales entre sí suficiente fuerza ni vitalidad para salvar a la religión cristiana".

Terminó su discurso con el siguiente homenaje a la Iglesia Católica: "En esta batalla por la libertad en contra de los principios ateístas y traidores del comunismo—en defensa de la República, del hogar, de los derechos de la propiedad privada, de la libertad civil, y de la integridad de la religión cristiana, la Iglesia Católica aparece (en versos ingleses, pobremente traducidos)

“Como una alta roca que alzando su poderosa
[forma,
Afronta la tormenta;
En la escarpada montaña.
Y aunque negras e hinchadas nubes puedan por
[momentos envolver su base,
Un eterno rayo de sol ilumina en su cumbre”.

SHANGHAI (China).—El Padre Avito, jesuita español que ha estado cautivo de bandidos chinos durante más de un año y medio, y que todavía está en sus manos, ha conseguido hacer llegar una carta hasta sus colegas del Vicariato de Anking, provincia de Anhwei.

“Durante dos meses he permanecido de espaldas, escribe, consumido por la fiebre y absolutamente sin fuerzas. Tengo la cabeza hinchada, lo mismo los pies. He ensayado varios remedios, ninguno me hace bien. Ahora tengo un poco de quinina. Esperemos que esto me mejore algo. Aquí nadie presta atención a mis necesidades; nadie me facilita un poco de dinero para comprar algo que comer.

“Nuestro Señor, sin embargo, y Nuestra Señora tienen compasión de mí. Aquí en mi prisión experimento una profunda alegría, y estoy en paz entre las manos de Dios cuyos designios son realizados por hombres que los ignoro. Sea que muera aquí o no, les digo a Uds.: adiós! Rueguen por mí; yo ruego por Uds. constantemente. Les aseguro que muero feliz. Nos juntaremos en el cielo. Escríbanle a mi familia.

CALCUTTA.—En el Colegio de Santa María en Kurseong, India, se goza de un ambiente cosmopolita, siendo no menos de 23 las razas representadas en el cuerpo de profesores y alumnos, que son en total 102 personas.

El 21 de noviembre último el Arzobispo de Calcutta confirió el sacerdocio a 18 jóvenes jesuitas misioneros. En este grupo había representantes de trece razas diferente: 3 flamencos, 2 italianos, 2 americanos, 2 ingleses, 1 escosés, 1 alsaciano, 1 Walon, 1 munda, 1 mangaloreano, 1 malayo y 1 anglo hindú.

TSITSIKAR (Manchuria). — La familia Lu, rica, muy conocida, y poseedora de extensas tierras en los alrededores de la ciudad de Tungyanchen, manifestó gran entusiasmo por la fé católica después de oír hablar de ella, por primera vez, a dos cristianos enviados a esa ciudad en la primavera última por el P. Inhof, Superior de la Misión de Tsitsikar. Los mismos miembros de la familia propusieron espontáneamente abandonar todas sus supersticiones paganas. Muchos de sus arrendatarios, parientes y amigos han seguido su ejemplo, y ahora los misioneros cuentan con más de 200 familias, que buscan la instrucción católica. En Julio último—hace un año—un misionero fué a la ciudad de Tsitsikar por primera vez. Fué recibido en medio de grandes demostraciones por las autoridades y por el pueblo en general. Durante los días que permaneció allá muchos dirigentes y delegados de las aldeas vecinas fueron a presentarle sus respetos, y le pidieron la erección de una Iglesia católica para ellos y el establecimiento de una misión permanente en la ciudad.

ALEMANIA. — El hallazgo de un antiguo documento en los archivos arzobispaes de Colonia ha conducido al descubrimiento de una reliquia en la Iglesia de Santa Ana, en Dueren, la antigua ciudad de *Narcodunum*, mencionada en los anales de Tácito. Esta reliquia es parte del cuerpo de San Clemente, el cuarto Papa. San Clemente I fué Papa durante los últimos años del primer siglo, habiendo tenido por predecesores a Pedro, Lino y Cleto. La reliquia había sido enviada en 1755 por el Papa Adriano II al Arzobispo de Colonia, Clemente Augusto María, un príncipe bávaro, quien la colocó en el altar de Toennisstein. De esta ciudad había sido trasladada a la capilla arzobispal de Bonn; y de ahí, ocultamente, durante el período de secularización, a la Iglesia de Santa Ana en Dueren, donde acaba de ser descubierta.

ALSACIA.—El reciente fallecimiento del Revdmo. Agustín Döntenwill, Arzobispo titular de Ptolemanda y Superior General de las Oblatas de María Inmaculada, congregación originaria de Strasburgo, ha puesto en evidencia que 15 vicarios apostólicos y 12 prefectos apostólicos han sido suministrados a la Iglesia por esta diócesis. El Revdmo. Columbano Dreyes, Delegado Apostólico de la Indochina, es también un hijo de la diócesis. Entre los misioneros actualmente en servicio activo en países infieles, Strasburgo se gloria de tener 1,100 sacerdotes y hermanos coadjutores y 350 monjas.

El Obispo de Strasburgo tiene bajo su jurisdicción 1,164 sacerdotes seculares, y hay en la diócesis 46 diferentes congregaciones religiosas. De una población total de 1,061.000 personas 835,000 son católicas.

BERLIN. — Un sorprendente renacimiento del culto a la Virgen en la Alemania luterana ha sido observado por el P. Delattre, a lo largo de sus numerosos viajes por ese país. Como ejemplos y pruebas de su afirmación, cita los siguientes: "Los estudiantes del Colegio Teológico Pro-

testante de Hanover han transportado al coro de su capilla, que era en otro tiempo iglesia de cistercienses, una estatua de Nuestra Señora, que había estado durante largos siglos relegada a la oscuridad de un sótano. "La iglesia evangélica se muere de frío, escribía en 1919 Herr Junguickel, un publicista protestante muy conocido. Debemos llevarla a Madre—María. Entonces le volverá el calor".

Hochkirche, el órgano del partido ritualista de la iglesia evangélica, ha vuelto muchas veces sobre esta idea, y Herr Lortzing, pastor luterano, ha publicado un libro titulado "Flores marianas en tierra extraña", en el cual ha coleccionado testimonios dados por protestantes en favor de la devoción a Nuestra Señora. En Colonia, en Noviembre último, fué publicado un llamamiento a la cristiandad evangélica, en el cual se aboga por la restauración de las devociones marianas en la Iglesia protestante.

Este interesantísimo movimiento en favor del restablecimiento del culto a la Madre de Dios se ha extendido de Alemania a Holanda.

"Ninguna apologética, concluye el P. Delattre, ha sido tan eficaz para conducir a Cristo almas extraviadas como recurrir a María, considerada como Madre de Dios".

BIBLIOGRAFIA

Bajo este acápite comentaremos libros y folletos, muy en especial aquellos, que con este fin se nos remita.

León Homo. — **LES EMPEREURS ROMAIN ET LA CRISTIANISME.** — París, Payot, 1931. Inf. 8,324 págs.

El libro consiste de 2 partes: la primera (página 1-116) contiene una exposición histórica; la segunda (pág. 117-232) una colección de textos, traducidos al francés. Todo este conjunto enfoca la política religiosa de los emperadores romanos. En cien páginas el autor naturalmente no puede describir en detalle todas las peripecias de la lucha trágica que desde Tiberio a Constantino se desarrollaba entre el Imperio y la Iglesia, pero nos da un bosquejo de aquel largo episodio: Según él, el "delito del Cristianismo" fué en un principio jurídicamente mal constituido, pero quedó determinado en el curso del siglo segundo. La persecución sistemática fué organizada por Decio, Valeriano y Diocleciano; al mismo tiempo (a partir de Aureliano) el "monoteísmo solar" se estableció como religión del Estado. Las últimas páginas del libro son las más características: en ellas se reconoce la marca del historiador de Aureliano. Un brevísimo estudio de la historia interna de la Iglesia cristiana, es el lado débil de la obra: en puntos de capital importancia, las afirmaciones del autor son erróneas (Que la Iglesia durante el primer siglo era basada en una constitución democrática e igualitaria, etc., etc.) El lector podrá dejar a un lado esta parte, y encontrará en cambio en los otros capítulos un relato brillante y sugestivo.

Pierre Paraf.—LES RUSSES SONT-ILS HEUREUX?—París, Flammarion 1932.

M. Pierre Paraf habla de algo que él mismo ha visto con sus propios ojos, y el libro no se distingue en esencia de otros del mismo género. Un inmenso montón de ruinas, sobre las cuales se pretende construir una nueva civilización. ¿Qué resultado dará ella en el orden económico? Nada se puede decir aún con seguridad. Enorme es el esfuerzo de los dirigentes para formar por medio de una intensa propaganda un estado moral, sobre el cual podrán asegurar el éxito, si no del primero, a lo menos de un segundo plan quinquenal.

En el orden moral, religioso y espiritual, no se ve más que ruinas y sería contrario a toda lógica de esperar un renacimiento de la civilización del ateísmo, en el cual el soviétismo pretende sumergir las masas proletarias.

Más de una ligereza le ha pasado a M. Paraf: ciertas imputaciones contra las escuelas congregacionistas, el énfasis con que habla de los errores de los reyes, de la excecencia de las revoluciones, no nos inclinan a dar mucho crédito a la objetividad de la cual hace alarde.

Boris Pilniak.—LA SEPTIEME REPUBLIQUE.—Traducido según el texto ruso inédito por M. Matvéev y P. Morhange.—París, Rieder, 1931.

He aquí un libro capaz de apasionar. El autor describe su largo viaje a través de Tadjikstan (planicie de Pamir y sus alrededores), que llegó a ser la séptima república de la Unión Soviética. El objetivo principal de este libro es dar a conocer la bolchivización del país. A través de un relato católico, donde las anotaciones históricas, geográficas, sociales, políticas, etc., están confundidos en un desorden completo, se puede más adivinar que leer, el formidable trabajo realizado por el Soviet en menos de un año en aquellas comarcas de gentes muy sencillas y sumisas, donde hasta hace muy poco existía un régimen feudal odioso bajo el Islam. El libro parece sincero y hasta objetivo, aunque la confesión del autor de su ignorancia parcial del idioma del país, disminuye un poco el valor de su testimonio. En todo caso, se nota tanto en él como en los colonos que hace hablar en su libro, un fervor revolucionario y un entusiasmo por la causa que nos debería hacer reflexionar.

Philipp Witkop.—GOETHE.—Traducción de A. Vialatte.—París, Stock 1932.

A este libro debe recurrir quien quiere conocer a Goethe por medio de una lectura agradable y al mismo tiempo objetiva. En un volumen de poco menos de 500 páginas vemos desfilar la vida del gran poeta alemán, la génesis el contenido y el significado de sus obras literarias y científicas. Es un resumen de datos, escogidos con buen criterio, fruto de largos análisis y pacientes estudios. Nada de exégesis de difícil comprensión, ni de ideologías fantásticas como se las encuentra tan a menudo en los comentarios sobre el gran realista. Mucho menos aún de aquellos resúmenes brillantes, pero engañosos de un Emil Ludwig, demasiado celebrado entre nosotros. En su lugar encontramos tanto más citas explicaciones y hechos bien explicativos y encantadores. El estilo es alegre y aunque, para comprenderlo todo, sería preciso cierto conocimiento del idioma alemán servirá para conocer más a fondo el carácter y las costumbres del gran poeta.

CISNEROS Y SU SIGLO, por el P. Luis Fernández de Retana, Redentorista.—Editorial Pustet, Valencia.

Una valiosa biografía del gran fraile franciscano, del prelado modelo, del gobernante y del político. Obra muy bien documentada: es la verdadera historia de Cisneros.

Cuestionario

¿Cuál es el origen del "sábado inglés"?

El "sábado inglés" era una costumbre que encontramos en la Edad Media entre todos los pueblos cristianos. Así vemos que en Alemania era prohibido, bajo castigo en todos los gremios el trabajo en el día Sábado por la tarde, descanso que estaba ordenado para honrar a la Santísima Virgen. En la historia de Escocia leemos que el rey Guillermo introdujo esta costumbre a principios del siglo XIII. Ella se mantuvo en Inglaterra hasta la fecha, aunque su origen cayó poco a poco en olvido. El sábado inglés debería llamarse con más razón "Sábado Mariano".

¿Cuáles son las condecoraciones que confiere la Santa Sede?

La más alta condecoración que confiere la Santa Sede es la de Cristo, que tiene una sola clase. Fué fundada en el siglo XIV. Sigue la de San Silvestre, (o de la Espuela de Oro), de tres clases: Gran Cruz, Comendador y Caballero, fundado por el Papa Gregorio XVI en 1841. El mismo Papa ya había fundado antes (en 1831) la de San Gregorio (de 4 clases). La de San Pío, de 3 clases, data del año 1847, siendo instituída por Pío IX. La condecoración del Santo Sepulcro fué fundada por Alejandro VI en el año 1496; Pío IX la dividió en tres clases en 1868. Finalmente queda "Pro Ecclesia et Pontifice", instituída por León XIII en 1888. Las últimas dos pueden conferirse también a las señoras. Es curioso observar el aprecio que se tiene en los diferentes países por estas distinciones. En Italia gusta mucho usar los títulos inherentes a ellas: "Commendatore" o "Cavaliere", en otros países se apetece más las insignias mismas, pero en Alemania son los uniformes (bicornio, epada, etc.), objeto de especial aprecio.

Señor Director de "Estudios":

Con uno de mis amigos he tenido una discusión sobre la siguiente cuestión: ¿Cuál será, en la actualidad, el mandamiento de Dios, más olvidado por parte de los hombres? Mientras mi amigo aboga por el sexto, yo digo que es el tercero. ¿Qué opina Ud. señor Director?

Según mi parecer tiene Ud. la razón y de mi parte quisiera extender el concepto a los tres primeros mandamientos. Estos, efectivamente, han caído en olvido: muchos no se dan cuenta siquiera de la injuria que se infiere a Dios al posponerle a cualquiera criatura, llámese ésta dinero, honores, figuración política, Estado, etc., etc., ¿qué se ha hecho del juramento en el cual se ha desplazado a Dios por el "honor" u otro concepto, muchas veces de un valor bastante dudoso? ¿Y qué diremos del Domingo? No hace mucho, un periódico alemán (protestante) lanzó el grito de alarma: ¡Salvad el Domingo! A lo cual contestó un diario católico: "No se puede salvar algo que ya no existe". Efectivamente: el día Domingo tiene en la actualidad un significado enteramente distinto al que Dios le había dado. El tercer mandamiento dice: "Acuérdate de santificar el día Sábado". (Exodo XX, 8) Hay que fijarse muy bien en la palabra: santificar. No dice: no trabajarás en el día Sábado, ni tampoco: descansarás en dicho día, mucho menos: te divertirás. Muchos creen que el Domingo es para divertirse, para dedicarse a deportes y esto muchas veces en una forma y con un despliego de esfuerzos, que equivalen a un trabajo manual de los más esforzados. No hablaremos de diversiones peligrosas y aún pecaminosas, como bailes, etc. Debemos santificar este día, es decir dedicarlo al Señor con la asistencia a la Santa Misa, etc. El cumplimiento de este mandamiento no excluye naturalmente distracciones honestas. Respecto al sexto no niega nadie las faltas que encierran su transgresión, pero no son más que "debilidades" inherentes a la naturaleza humana. Es cierto que llevamos la concupiscencia dentro de nosotros, pero lo grave es que nadie, o

mejor dicho, muy pocos, se toman la molestia de evitar todo aquello que podría provocarla. Contra un mal tan universal hay que aplicar un remedio, igualmente universal y esto consiste en poner en práctica el Consejo de San Pablo: "de nombrar ni siquiera el vicio carnal entre cristianos". Esto es todo.

Los mandamientos restantes no han caído en olvido y esto principalmente porque defienden nuestros propios intereses, pero también a ellos se les ha quitado en gran parte su verdadero y más profundo sentido. Lo principal hoy día es la conveniencia propia, a todo lo demás no se da importancia.

PRONTO APARECERA!!

Profecías sobre el fin del mundo

Atribuidas a San Malaquías

De gran Actualidad!

Haga su pedido luego a

Editorial "Estudios" - Casilla 2081 - Santiago